





Joaquín Arcadio  
**Pagaza**

ANTOLOGÍA POÉTICA

*Leer para lograr en grande*

Colección Letras  
*Clásicos Mexiquenses*

Joaquín Arcadio  
Pagaza

ANTOLOGÍA POÉTICA

LIMINAR Y COMPILACIÓN

*Dionisio Victoria Moreno*



GOBIERNO DEL  
**ESTADO DE MÉXICO**

Eruviel Ávila Villegas  
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal  
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Erasto Martínez Rojas,  
Raymundo E. Martínez Carbajal, Raúl Vargas Herrera,  
Fernando Muñoz Samayoa.

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez,  
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

*Joaquín Arcadio Pagaza. Antología poética*

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México  
Palacio del Poder Ejecutivo  
Lerdo poniente núm. 300,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Dionisio Victoria Moreno, por el liminar y la compilación

ISBN: 978-607-495-322-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)  
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal:  
CE: 205/01/19/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

## Liminar

LA PRESENTE NO ES LA PRIMERA ANTOLOGÍA de la obra poética de Joaquín Arcadio Pagaza. Le han precedido otras más; de ellas recordamos las siguientes: *Selvas y mármoles*, de Gabriel Méndez Plancarte, publicada en 1944 y reimpressa en '55; *Valle de Bravo en la poesía de Pagaza*, de Gustavo G. Velázquez, 1958; *Antología poética*, de Porfirio Martínez Peñaloza, 1969; *La poesía personal de J. A. Pagaza*, de Ana María Mora de Sol, 1985; *El Valle de la luz*, de Raúl Cáceres Careno, 1990, y *Sitios poéticos del Valle de Bravo*, de Sergio López Mena, 1993. No son pocas, y eso que no mencionamos aquellas generales que le han dado un lugar entre los poetas insignes de México. Sin embargo, la que ofrecemos ahora no está de más, pues siempre será necesario, de tiempo en tiempo, dar a conocer a las nuevas generaciones los magníficos versos de un autor que bien puede considerarse ya un clásico de las letras nacionales por sus traducciones de los clásicos latinos y por haberse convertido en lectura obligada de los mexiquenses amantes de las letras, tanto más que ya estamos muy cerca de celebrar el primer centenario de su sentida muerte.

Joaquín Arcadio Pagaza nació en Valle de Bravo, Estado de México, lugar antiguamente conocido como San Francisco del Valle de Temascaltepec, probablemente el 9 de enero de 1839. Decimos probablemente, porque algunos autores dicen que

vio la luz primera el día 6, fiesta de los Santos Reyes. Fueron sus padres don Julián Pagaza y doña Josefa Ordóñez. El primero campesino, alcalde municipal, administrador de rentas y jefe político de su municipio. La segunda, originaria de Santiago Tianguistengo, Estado de México. Sus abuelos paternos, don José Perfecto Pagazaurtundúa y doña María Ávila, residían en Otzoloapan, pueblo vecino al Valle. Habían llegado allí, invitados por el cura del lugar, don José María Pagazaurtundúa, hermano del abuelo. Fue precisamente en Otzoloapan cuando don José Perfecto, considerando demasiado largo su apellido vasco, le suprimió la segunda parte dejándolo simplemente en Pagaza.

Joaquín Arcadio tuvo la suerte de vivir desde sus primeros años en un sitio agreste, pintoresco, lleno de montes, colinas, valles, ríos y neblinas, casi en una Arcadia, gozando de este modo de un ambiente propicio para desarrollar el numen poético que lo caracterizaría.

Inició sus estudios elementales en la escuela dirigida por don Miguel Arteaga en Valle, según informa Gonzalo Pérez Gómez. Muy joven sintió el llamado al sacerdocio, y aprovechó los conocimientos de los sacerdotes del curato, don José María Chaparro y don Mariano Téllez, para principiar con ellos el estudio de la lengua latina, preparando así su entrada al Seminario Conciliar de México, que realizó muy pronto. En esta institución adquirió después los conocimientos complementarios de humanidades, filosofía y teología.

Desde el Valle, Pagaza descubrió a los dos poetas más grandes de la latinidad: Virgilio y Horacio, quienes lo cautivaron y a los que siguió fielmente toda su vida. La traducción de los clásicos latinos era algo rutinario en los seminarios de entonces, mas no fue así para él, pues los tomó como guías de

su camino literario, traduciendo sus obras al español de modo no sólo digno sino personalísimo.

Terminada su preparación eclesiástica se vio en dificultades para recibir la ordenación sacerdotal pues, por la guerra de reforma, la arquidiócesis de México no tenía arzobispo. Pagaza debió trasladarse a Orizaba para que el obispo Francisco de la Concepción Ramírez, titular de Caradro, lo ordenara de presbítero. Esta ceremonia tuvo lugar el 19 de mayo de 1862; contaba entonces sólo 23 años de edad. Si recordamos que precisamente el 5 de mayo de ese año tuvo lugar en Puebla la famosa batalla contra los franceses, podremos darnos cuenta de los problemas que necesitó sortear para hacer el camino de México a Orizaba. Ya sacerdote recibió varios destinos: la parroquia de Taxco, donde permaneció de febrero a junio de 1864; el Seminario de México, a donde fue como profesor de latín durante cinco años; el curato del Sagrario en el DF, en febrero de 1870; la parroquia de Cuernavaca de 1870 a 1872, año en que recibió el nombramiento de cura y vicario foráneo de la parroquia de Tenango del Valle, lugar en el que pasó diez años completos elaborando la mayoría de sus versos; al final de ellos el arzobispo Labastida lo trasladó al DF, encargándole nuevamente del Sagrario en septiembre de 1882.

Ya en la ciudad de México, en 1883 fue admitido como individuo de número por la Academia Mexicana de la Lengua y en 1889 formó parte de la Academia de los Arcades de Roma, en la que adoptó el nombre de Clearco Meonio. A finales de 1891 ejerció el cargo de rector del Seminario Conciliar de México. Cuatro años más tarde, el 18 de marzo de 1895 fue preconizado obispo de Veracruz, con sede en Jalapa, recibiendo su consagración el 1 de mayo de ese mismo año. El obispo Pagaza permaneció al frente de su diócesis casi un cuarto de siglo, pues

doblegado por el trabajo, las difíciles circunstancias del país y la enfermedad, abandonó el mundo que había cantado con dulce voz, en la ciudad de Jalapa el 11 de septiembre de 1918, cuando contaba 78 años de vida. Sus restos, según lo había deseado, fueron trasladados veinte años después, en 1938, a su querido Valle de Bravo.

Pagaza, como hemos dicho, nació poeta. Desde muy niño comenzó a escribir los poemas que le inspiraba el hermoso paisaje en que vivía; pero dudando modestamente del valor literario de sus composiciones, guardaba para sí sus bellos versos. De tal manera que, cuando por los años ochenta del siglo XIX sus amigos los dieron a conocer contra su voluntad, nadie creía que fueran suyos y, admirados de su calidad, algunos académicos que los leyeron no pararon hasta llevar a Pagaza a la Academia de la Lengua en 1883.

Entre aquellos académicos que se admiraron al conocer sus versos estaba el obispo Montes de Oca, quien así se expresó en uno de sus discursos:

No os podré pintar mi sorpresa, cuando una ocasión en el seno de la Academia Mexicana de la lengua al oír leer uno tras otro mil dulcísimos cantos, me fue revelado el nombre de su autor. No es posible, exclamé una y mil veces; no pueden ser estos cantares armoniosos y correctos, fruto de aquel modestísimo ingenio, de aquel estudiante tan tímido, que unido conmigo por la más íntima amistad, jamás, ni aún a mí descubrió su talento. Y sin embargo, de la pluma del conocido párroco de Tenango, del humilde y postergado profesor del Seminario de México eran aquellos versos, que nos cautivaron entonces y que más tarde oí encomiar altísimamente a los más sublimes ingenios de la capital de España. En el fondo del claustro de San

Camilo (donde se encontraba entonces el Seminario), bajo las selvas del Valle de Bravo, durante largos años, había estado elaborando silenciosamente esta abeja incansable los panales de rica miel, que nos dio a gustar cuando menos lo pensábamos.<sup>1</sup>

Convencido al fin Pagaza del valor de su obra, en 1887 decidió divulgarla publicando su primero y más importante libro de poemas con el título de *Murmurios de la selva*, y el modesto subtítulo de *ensayos poéticos*. En él ofreció a todos sus admiradores: 10 églogas de Virgilio, 11 poesías originales e imitaciones, 10 sonetos religiosos y morales, 21 sonetos pastoriles, y 38 sonetos varios. Dedicó su trabajo al arzobispo de México, don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, y al Cabildo Metropolitano. Lo firmó el 31 de enero de 1887. Su elogioso e interesante prólogo fue escrito por el entonces presidente de la Academia Mexicana de Lengua, don Rafael Ángel de la Peña.

Era rector del Seminario, cuando seis años después, en 1893, dio a la estampa su segundo libro, titulándolo también modestamente: *Algunas trovas últimas*, pero adornándolo con importantes datos personales: Canónigo de la Iglesia Metropolitana de México y Rector del Seminario, individuo de número de la Academia Mexicana correspondiente extranjera de la Real Española y entre los Árcades de Roma Clearco Meonio. Ahora presenta: 24 odas de Horacio, un fragmento del libro cuarto de la Eneida de Virgilio, la égloga y elegía del padre Alegre y el primer libro de la “Rusticatio Mexicana” de Landívar; además, 31 sonetos dedicados a los sitios del Valle de Bravo, un

<sup>1</sup> Citado por don Alberto Carreño, “Clearco Meonio”, en Sergio López Mena *La obra de Joaquín Arcadio Pagaza ante la crítica*, México, UAM, 1987, pp. 29-30.

poema titulado “Al volver al hogar”, 19 sonetos con tema vario, la epístola a Justo Sierra en tercetos, tres odas y un idilio.

Estos dos libros pueden considerarse como los fundamentales de Pagaza, aunque no fueron los únicos; son fruto de su inspiración y trabajo: *Corona literaria*, dedicada al arzobispo Labastida, 1889; *María*, poema de más de doscientas octavas reales dedicadas a la tierra caliente, que no publica él, sino, fragmentariamente, su amigo el presbítero Lucio Estrada, cura de Sultepec, 1890; *Horacio*, versión parafrástica de sus odas y épicos, con otros poemas originales, 1905; *Virgilio* (1907), versión más o menos literal (Geórgicas, cuatro libros de la Eneida y dos Églogas con dos poesías originales); el tomo primero de las *Obras completas de Publio Virgilio Marón*, 1913,<sup>2</sup> y, finalmente, “Siluetas contemporáneas”.<sup>3</sup>

Nosotros, al seleccionar los poemas de esta antología, nos hemos ceñido únicamente a los dos libros mencionados al principio: *Murmurios de la selva* y *Algunas trovas ultimas*, donde encontrarán sin duda sus lectores más de un botón de muestra que los convencerá de que vale la pena leer y disfrutar la poesía de nuestro poeta mexiquense Joaquín Arcadio Pagaza, quien a pesar de haber sido clérigo, no tomó como objeto de su poesía el tema religioso sino en cantidad mínima. Su obra abarca principalmente dos partes: una que siguiendo constante a los clásicos latinos Virgilio y Horacio, los traduce e imita literal y parafrásticamente y otra dedicada a comunicar en sentidas descripciones los sentimientos que le suscita el admirable paisaje de su tierra natal, Valle de Bravo.

<sup>2</sup> Ver más detalles en Tarsicio Herrera Zapién, *Pagaza, classicista y precursor del idilio salvaje*, Toluca, IMC, 1990, pp. 45-47.

<sup>3</sup> Poema que dejó inédito e inconcluso; editado en 1944 por Joaquín Antonio Peñalosa en la revista *Estilo*.

Sobre los valores literarios de su obra, prefiero ceder la pluma a autores reconocidos en el ambiente de las letras nacionales, como la maestra María del Carmen Millán, quien así se expresa sobre el paisaje retratado por Pagaza:

Para nuestro poeta, la existencia del mundo exterior tiene la significación de un milagro renovado continuamente y al que pudo asistir en pleno campo, en las campiñas de su Valle de Bravo, en las regiones veracruzanas, en Tenango y Taxco. Su paisaje recuerda al verdadero idilio clásico. Tiene Pagaza cierta debilidad por el cuadro, y aun la narración, cuando la emplea, se acomoda a las necesidades de la plástica, que es para él lo más importante. Sus pequeños cuadros, realizados generalmente en sonetos, prefieren tintes suaves y tonos ligeramente melancólicos. No se aviene el espíritu del poeta con la naturaleza exaltada y exuberante de las tierras cálidas... El paisaje preferido por Pagaza es el tranquilo, reflejo de paz y armonioso ritmo... La composición de su paisaje no es muy elaborada; prefiere, a la abundancia, un detalle delicado, sugestivo o plástico y, muy especialmente auditivo...<sup>4</sup>

Los literatos contemporáneos de Pagaza se mostraron casi sin excepción admiradores de su obra, comenzando por el prologuista de sus *Murmurios*, el académico Rafael Ángel de la Peña, que así concluye su largo y minucioso estudio:

Interminable sería este prólogo, ya demasiado largo, si hubiera de analizar todo lo que deleita o admira en el presente libro.

<sup>4</sup> Citada por López Mena, *op. cit.*, pp. 272-273. Este libro es una recopilación de textos sobre la obra de Pagaza, muy recomendable para quienes desean profundizar en su obra.

Los pasajes que he procurado hacer conocer, revelan dotes que aseguran a su autor el título de poeta. En ellos, lo mismo que en el resto de la obra, la versificación es fácil y fluida, la rima abundante y espontánea, la dicción siempre poética, el lenguaje copioso y correcto.

Su musa es a veces zagala ataviada de flores del campo, que enamora por su gracia y gentileza; a veces grave matrona que nos suspende y admira por la arrogancia y majestad de su porte.

Cuando leemos sus versos, advertimos cómo las ideas, descendiendo desde las alturas de la abstracción, encarnan en la imágenes de rica y lozana fantasía, y cómo esas mismas imágenes dan color y mayor vida a sentimientos nobles y generosos unos, tiernos y delicados otros; pero todos expresados con maravillosa verdad, así por la propiedad de la frase, como por su fiel correspondencia con el ritmo poético.<sup>5</sup>

Don José María Vigil, escribía en 1905:

Carácter general que distingue las obras del Sr. Pagaza, es la escrupulosa corrección del lenguaje, la belleza clásica de la forma, la inspiración poética que brota del conjunto con una espontaneidad, con una sencillez que realizan aquella difícil facilidad característica de las obras maestras. Profundo conocedor de las lenguas latina y castellana, sus versiones llevan el sello de una perfecta traslación: ninguna palabra ningún giro dejan de emplearse en su exacto y castizo significado: así es que una vez comprendido con toda exactitud el pensamiento origi-

<sup>5</sup> Rafael Ángel de la Peña, "Prólogo", en Joaquín Arcadio Pagaza, *Murmurios de la selva: ensayos poéticos*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1887, p. xxxvi.

nal, se modela en la matriz española, de donde sale vivificado por el aliento artístico del intérprete...<sup>6</sup>

En 1911, nuestro Alfonso Reyes sentenciaba:

Los versos de Pagaza suenan como una voz de ayer. Nueva nave literaria ha sufrido borrasca; ha sobrevivido una transformación tumultuosa; la literatura nacional, la americana, han cambiado de orientación. La lira de este anciano sigue resonando serena, bajo el haya nemorosa de Virgilio (de cuyos números latinos es paráfraste celebrado), con la admirable tenacidad de las cigarras, que persisten en su rumor secular... la poesía que como en Pagaza, no quiere someterse a lo contemporáneo, tiene también su excelsitud. Ella, si opera en libertad y logra beber en limpios manantiales, sin que se reduzca por eso a las estrecheces de la imitación, puede nada menos que someter el mundo presente a su molde antiguo, como en un milagro de fe, y darnos la representación de lo actual bajo atavíos perdurables...<sup>7</sup>

De Manuel José Othón podríamos copiar varios textos en los que elogia grandemente la poesía pagaciana, por ejemplo:

...Yo de mí sé decir –escribe– que la voz dulce y arrobadora de esa poesía, cuando llegó por primera vez a acariciar mis oídos, inundó mi corazón de plácida bonanza, produciéndome bienestar indefinible, dejando en mi alma la impresión consoladora, y en mi paladar literario –aunque no se me permita la frase– regalado sabor, como el que produce en el febricitante la cal-

<sup>6</sup> José María Vigil, “Reseña al Horacio”, en López Mena, *op. cit.*, p. 99.

<sup>7</sup> Citado por López Mena, *op. cit.*, pp. 105-106.

madora bebida que gusta después de las amargas pócimas que ha apurado en vano para recobrar la salud... Acostumbrado estaba ya a la contemplación de los grandes y augustos paisajes que ofrecen nuestros bosques vírgenes y nuestras selváticas montañas. El panorama cambiaba diariamente; a veces de un instante a otro... y entonces, bajo rústico techado y a la luz de ahumado candil, abría el libro de Pagaza... y leía y leía, acabando por no saber si aquellos *Murmurios de la selva* eran los que traían a mis oídos las brisas de la noche, o los que hacían sonar en mi espíritu el plectro sabiamente meneado por el incomparable lírico...<sup>8</sup>

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, reconocido crítico español, así juzgaba su trabajo de traductor de Horacio: “Si Horacio ha sido interpretado alguna vez más a la letra, pocas lo ha sido con tal cabal comprensión de su espíritu y en una forma tan pura y nítidamente castellana...”<sup>9</sup>

Y el maestro Rubén Bonifaz Nuño, al referirse a la traducción literal pagaciana de las *Églogas* de Virgilio, decía convencido:

...Se aproxima al texto original con tan notable seriedad y respeto, que la convierte en una de las mejores que se hayan dado en lengua castellana, versión superior incluso por las expuestas razones de comprensión y método, a la de Fray Luis de León. Esta versión literal era bastante, así Pagaza no hubiera escrito

<sup>8</sup> Manuel José Othón, “El padre Pagaza”, en López Mena, *op. cit.*, pp. 66-67.

<sup>9</sup> En carta personal a Pagaza del 17 de octubre de 1906. *Cfr.* Federico Escobedo, *Flores del huerto clásico y joyas literarias desconocidas: traducciones y comentarios críticos*, México, Lumen, 1932, p. 44.

nada más a lo largo y alto y profundo de su vida, para hacerlo merecedor del nombre de Virgilio Mexicano.<sup>10</sup>

Termino, acudiendo a sus contemporáneos, para que nos den una idea de cómo era física y espiritualmente aquel gran cantor mexiquense. El señor Alberto Carreño, su discípulo, así lo recuerda:

...Paréceme tenerlo hoy mismo ante mis ojos; de hercúlea talla, de moreno rostro, de penetrante mirar, inspiraba sumo respeto su fisonomía, a la vez que le daba cierto tinte de severidad el grueso labio inferior, colgante un poco. Era la suya sin embargo, un alma blanca y sencilla, siempre dispuesta a la ternura...<sup>11</sup>

Amado Nervo quien gozó de su amistad, también nos dejó un retrato suyo. Así lo vio cuando era rector del Seminario:

Una sala de regulares dimensiones... sencilla mueblería, un escritorio con rímero de papeles y de libros, y de pie, al lado de aquél, un sacerdote de elevada talla, de contextura vigorosa, mirada viva, nariz prolongada, labios salientes, color moreno; todo esto abarqué de una ojeada... Cuando me despedí, tras largo rato de encantadora conversación, el padre Pagaza apoyó cariñosamente su diestra en mi hombro y me dijo: "Adiós; vuelva usted pronto".<sup>12</sup>

<sup>10</sup> Rubén Bonifaz Nuño, "Pagaza, traductor de los clásicos", en López Mena, *op. cit.*, pp. 320-321.

<sup>11</sup> Carreño, *op. cit.*, p. 123.

<sup>12</sup> Amado Nervo, "El padre Pagaza", en López Mena, *Perfil de Joaquín Arcadio Pagaza*, México, UNAM, 1996, p. 73.

Los testimonios escritos por sus admiradores son interminables y no es necesario reproducirlos aquí. Para quien desee adentrarse en la poesía pagaciana de modo más profundo, la bibliografía al final de estas líneas incluye los principales estudios realizados sobre su obra inmortal, que le serán de mucha utilidad para enterarse mejor de sus virtudes literarias y conocer aquellas minucias que no han merecido la aprobación unánime de sus pares.

*Dionisio Victoria Moreno*

## BIBLIOGRAFÍA

- Ayala, Leopoldo. *El Virgilio mexicano: estudio literario en ocasión del milenario segundo del príncipe de los poetas latinos*, México, s.e., 1930.
- Dos autores latinos: Virgilio y Horacio*. Toluca, Gobierno del Estado de México, 2009. [Traducciones de Joaquín Arcadio Pagaza.]
- Escobedo, Federico. *Flores del huerto clásico y joyas literarias desconocidas: traducciones y comentarios críticos*, México, Lumen, 1932.
- Herrera Zapién, Tarsicio. *Pagaza, clasicista y precursor del idilio salvaje*, Toluca, IMC, 1990.
- López Mena, Sergio. *La obra de Joaquín Arcadio Pagaza ante la crítica*, México, UNAM, 1987. [Incluye textos de Alberto María Carreño, Balbino Dávalos, Hilarión Frías Soto, Alfonso Junco, Gabriel Méndez Plancarte, María del Carmen Millán, Alfonso Reyes, Rubén Bonifaz Nuño, José Juan Tablada, Manuel Toussaint, Octaviano Valdéz, Gustavo G. Velázquez y José María Vigil, entre otros.]
- \_\_\_\_\_ (comp.). *Homenaje a Joaquín Arcadio Pagaza*, México, UNAM, IMC, 1992.
- \_\_\_\_\_ (comp. y pról.). *Perfil de Joaquín Arcadio Pagaza*, México, UNAM, 1996. [Incluye textos de Joaquín Castillo y Piña, José Francisco Conde Ortega, Pedro J. Sánchez, Roberto Núñez y Rodríguez y Artemio de Valle Arizpe, entre otros.]
- Othón, Manuel José. "El padre Pagaza", en *Obras*, tomo II, México, FCE, 1997.
- Quiñones Melgoza, José. *Pagaza y su traducción de la Odas y los Épodos de Horacio*, Toluca, IMC, 1990.
- Victoria Moreno, Dionisio. *Joaquín Arcadio Pagaza: cantor del amor*, Toluca, IMC, 2006.



# Murmurios de la selva\*

(1887)

\* Tomamos los textos de esta primera obra directamente de la edición de 1887, cuya portada interior reza así: “*Murmurios de la selva. Ensayos poéticos.* Por Don Joaquín Arcadio Pagaza. Prebendado en la Santa Iglesia Metropolitana de México, individuo de número de la Academia Mexicana y correspondiente extranjero de la Real Española. Con prólogo escrito por Don Rafael Ángel de la Peña Secretario perpetuo de la Academia Mexicana e individuo correspondiente de la Española. México. Imprenta de Francisco Díaz de León. Calle de Lerdo Núm. 3. 1887.” Consultamos este libro en la colección digital de la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Nuevo León, Capilla Alfonsina; ejemplar perteneciente en algún tiempo a Mons. Emeterio Valverde Téllez, obispo de León.



## Traducción parafrástica<sup>1</sup> de las Églogas de Publio Virgilio Marón<sup>2</sup>

ÉGLOGA DÉCIMA.<sup>3</sup> GALO<sup>4</sup>

*Extremum hunc, Arethusia, mihi concede laborem.*

Ven y protege mi último trabajo,  
Oh virgen Aretusa: pocos versos  
Voy a cantar en honra de un amigo,  
De mi Galo, y en número tan fácil  
Que la misma Licoris los entienda.  
¿Ni quién a Galo cántigas sabrosas  
Negó jamás? Así la obscura Doris  
No revuelva sus aguas con las tuyas  
Cuando hiendes los mares de Sicilia.  
Comienza; de mi Galo cantaremos  
Los amores fatales, mientras esquilan  
Mis chatas cabras los rosales verdes.  
Por fortuna no estamos entre sordos;  
El eco de las selvas nos responde.

Oh Náyades, ¿qué saltos o qué grutas  
Os detuvieron cuando el triste Galo  
Moría presa de un amor indigno?  
Del Parnaso o del Pindo la alta cumbre  
No os detenían, ni la clara fuente  
De Aganipe, delicia del Permeso.  
A Galo lloran los fragantes lauros;

A Galo lloran las silvestres jaras;  
Y el pinífero Ménalo y los riscos  
Del Liceo, le lloran al mirarle  
Tendido al pie de solitaria roca.  
Nos rodean balando las ovejas  
Sin dolerse de hacernos compañía;  
Dulce poeta, nunca te avergüences  
De haber nacido pastorcillo humilde:  
Sus ovejitas el hermoso Adonis  
Cuidaba ufano en los amenos valles.  
Vino el pastor, y los vaqueros tardos  
Vinieron, y también llegó Menalcas  
Que retornaba de juntar bellotas  
Salpicado de gélido rocío.  
Y todos le preguntan: *¡Ay! ¿de dónde  
Te ha venido este amor?* El mismo Apolo  
Viene y le dice: *Galo, triste Galo,  
¿Por qué loqueas? Mira que Licoris  
Tu embeleso, las crudas nieves huella  
Y los hórridos crueles campamentos  
De otro amador siguiendo las pisadas.*  
Viene Silvano con diadema agreste  
Ceñida la cabeza y agitando  
Del cardo azul las florecientes picas.  
Y viene Pan, a quien nosotros vimos  
Pintado con las bayas de los yezgos  
Y rojo bermellón, y así le dice:  
*¿Cuál será el fin? De aquesto no se cura  
Ni con gemidos el Amor se sacia;  
Cual no se sacia el pasto con las linfas,*

*Ni con las blancas flores del tomillo  
La abeja, ni las cabras con las hojas.*

*Mas él responde entristecido: Arcadios,  
Oh Arcadios solos en el canto diestros,  
Vosotros cantaréis en vuestras selvas  
Mis desgracias y negra desventura.  
¡Cuán muellemente aquí reposarían  
Mis áridas cenizas, si otro tiempo  
Vuestra flauta dijera mis amores!  
¡Ay! ojalá que de vosotros uno  
Hubiera sido, y con vosotros siempre  
Pastara ovejas en los dulces campos,  
Pomas cogiendo y sazoadas uvas  
De tez purpúrea y en su flor bañadas.  
Ora una Filis, un Amintas ora  
O cualquiera otro amor (mas ¡qué dirían  
Por ser Amintas de color moreno?  
Negros son el jacinto y las violetas)  
Descansaría siempre acá conmigo  
Entre los sauces bajo vid flexible.  
Bellas guirnaldas Filis tejería  
Y me arrullara Amintas con su canto.*

*Hay aquí fuentecillas, oh Licoris,  
Hay blondos prados y lucientes selvas;  
Aquí contigo pasaré mi vida  
Hasta ser consumido por el tiempo.  
Amor insano ahora te detiene  
Del fiero Marte entre las armas duras  
Y en medio de los dardos enemigos.*

Tú, lejos de la patria (¡no me sea  
Permitido creerlo!) las alpinas  
Eternas nieves y del Rin los hielos  
Miras sola y sin mí. ¡Que no te dañen  
El crudo Noto y los helados fríos!  
¡Que no la escarcha y las espinas hieran  
Tus tiernas plantas con su filo agudo!

Con el rabel del siciliano vate  
Iré cantando de Euforión los versos  
Que traduje yo mismo al patrio idioma.  
Más querría penar en estos campos  
Y escribir mis amores en las blandas  
Cortezas de los tilos: a medida  
Que crezcan ellos, creceréis vosotros  
Mi pecho lacerando, amores míos.  
Y mientras tanto los Menalios montes  
En medio de las Ninfas y Oreades  
En mi dolor registraré atrevido,  
O lanzaré con vigoroso brazo  
Letal arpón al jabalí soberbio;  
Con mis lebreles el Partenio bosque  
He de cruzar, sin que el acerbo frío  
Un punto logre entorpecer mi planta.  
Ya me parece que las hoscas peñas  
Subo anhelante, y que entro en las sonoras  
Plácidas selvas de arrayanes tiernos.  
Quiero embeber en mi arco las lucientes  
Flechas cretenses; ¡como si esto fuera  
El remedio eficaz de mi delirio,  
O Cupido tirano se ablandara

Con el penar de los mortales pechos!  
 Ya no me agradan las risueñas Ninfas,  
 Ni el campo hermoso, ni los versos dulces:  
 ¡Volvedme, selvas, un amor tan casto!  
 A Cupido no ablandan mis dolores,  
 Aunque beber lograra del remoto  
 Ebro helado las aguas cristalinas;  
 Aunque subiera en tormentoso invierno  
 Los picachos plumizos de la Tracia,  
 Y aunque apaciera en la abrasada Etiopia  
 Ovejas, bajo el trópico de Cáncer,  
 Cuando la vid sus pámpanos doblega  
 Encima de la copa de los olmos.  
 Todo el amor lo vence, y es inútil  
 Oponerse al amor; pues a él cedamos.

Divas Pierias, basta; vuestro vate  
 A la sombra tendido de un enebro  
 Esto cantaba, mientras un cestillo  
 Entretejía con delgados mimbres.  
 Vosotras, estimables a mi Galo  
 Estos versos haréis, a Galo tierno  
 Por quien a instantes mi cariño crece  
 Como se alarga y cunde en primavera  
 La vid dorada sobre verde encino.

Levantémonos: daña a los cantores  
 La sombra, y es fatal la del enebro;  
 Daña a la mies la sombra. Habéis pacido,  
 Cabras mías, tornad a los establos,  
 Que ya asoma la estrella de la tarde.

## Poesías originales e imitaciones<sup>5</sup>

A TIRSI,<sup>6</sup> ENVIÁNDOLE LAS OBRAS DE VIRGILIO

Celeste inspiración, emblema santo,  
Consoladora noble Poesía,  
Mi delicia, mi gloria y dulce encanto,

Ven, tus alas despliega en este día  
Y temple el arpa, y dame que a tu abrigo  
La taña con acierto y bizarría!

Me llamaré dichoso si consigo  
Que ceda mi cantar en tu alabanza,  
Y en tu gusto y provecho, Tirsi amigo.

A otro tiempo de eterna remembranza  
Intento trasladarte, y a otro suelo  
Que apacible columbro en lontananza.

¡Qué tierra tan feraz! ¡qué hermoso cielo!  
¡Qué llamear del sol! ¡qué limpia fuente,  
Rizada de Favonio al blando vuelo!

Allí el Mincio quebrando su corriente,  
En sus giros remeda sinüoso  
A una escamosa y colosal serpiente;

Y se revuelve sin tener reposo,  
Y más allá humeante se encajona  
Despeñándose luego clamoroso.

Descuella como rey de aquella zona  
El Mongibelo que de viva lumbre  
Lleva en sus sienes lúcida corona;

Y con regia larguez y mansedumbre  
Fomenta y nutre a su amorosa falda  
De rebaños la inmensa muchedumbre;

Y ceñidos en húmeda guirnalda  
Cobija los humildes caseríos  
Con su clámide de oro y esmeralda.

Esa planada, Tirsi, y montes fríos  
Oyeron resonar la voz divina  
Del Cantor de las selvas y los ríos.

*Allí, a la sombra de copuda encina  
Vio pacer el ganado en la llanura  
Y las cabras triscar en la colina;*

Y desfogó de su alma la ternura,  
Y *el nombre de Amarilis peregrino*  
Enseñó a resonar a la espesura;

Y en la *cerca del límite vecino*  
Oyó el susurro, y vio a la *abeja Hiblea*  
Chupar la flor del sauce blanquecino.

Allí dijo: *Me tira Galatea*  
*Con manzanas, y luego se me esconde;*  
*Pero al huir procura que la vea.*

Virgilio encantador, allí fue donde  
Exhalabas ternísimos lamentos  
Porque Alexi tu amor no corresponde;

Y al arrullo cantabas de los vientos  
El plañidor balido de la oveja,  
De las aves y fuentes los concentos.

Allí *Apolo tiróle de la oreja*  
Cuando emprendió tañer épica trompa  
Y su ganado y la zampona deja;

Y describió la majestad y pompa  
Con que el ciprés se eleva soberano  
Porque las auras y aun las nubes rompa;

Y el fruto purpurino del manzano  
En las *primeras ramas* siendo niño  
Allí cogía con endeble mano;

Y en las cortezas, sin mayor aliño,  
Grabó el nombre adorado de su amada  
Eternizando en ellas su cariño.

A Parténope, oh Tirsi, tu mirada  
Dirige, y a los plácidos vergeles  
De esa tierra bendita y fortunada.

El tomillo de Mantua y sus laureles  
Ofrecen a tu gusto delicado  
Copiosas, ricas, y fragantes mieles.

¡Ah, si a mi anhelo concediera el hado,  
Ya que te miro en flor, mañana el fruto  
Verte rendir sin maca y sazonado!

Pero... ¡ay! que a veces mi castaño hirsuto  
Florece, y por nutrirse de otra savia  
Me da vanos erizos por tributo;

La hiedra inútil a mi cidro agravia,  
Y aun le malea, si ávida le liga,  
Por no arrancarla a tiempo mano sabia.

Y aunque espumosa, el paladar hostiga  
La leche de mis cabras, si en el soto  
Una hierba comieron enemiga.

Expuesto a errar en piélago remoto  
Lejos, Tirsi, muy lejos del Parnaso  
Te miro, si no cambias de piloto.

Se te brindan León y Garcilaso,  
González, Lope, y el divino Herrera  
Que en el Pindo subió con firme paso.

Buscar en la falange vocinglera,  
Escarnio de las Musas, elegancia,  
Y solidez y número... ¡quimera!

Parece que las letras (iinconstancia  
De la suerte!), en el siglo de las luces,  
A la tiniebla tornan de su infancia.

Y la pléyade insigne de andaluces,  
Que nombre dieron a la lengua y brillo,  
Se retiran calados los capuces.

Mientras el uno, fútil estribillo  
Tarareando, busca de Aretusa  
La fuente con las manos al bolsillo.

Mientras el otro quéjase a su *musa*  
Del *ceño de Clorila*, y gloria y fama  
Logra adquirir de multitud ilusa.

Mientras Geroncio va de rama a rama  
Por un flanco del Pindo nemoroso  
En el templo por ver si se encarama.

Y tú, que de renombre codicioso  
Te muestras cual ninguno, y sacrificas  
Al estudio tu hacienda y el reposo,

Tú, que a la toga humildes las pellicas  
Prefieres del zagal, y a férrea espada  
De verde enea las brillantes picas,

Tú, que en la luna y bóveda estrellada,  
Sus tocas al plegar la noche bella,  
Embebecido fijas tu mirada,

Y escuchas arrobado la querella  
De montesina tórtola, y del río  
Sigues absorto la fecunda huella,

¿Puedes leer sin verdadero hastío,  
Las que el *vulgus profanum*<sup>7</sup> te regala  
Necias coplas, sin fondo ni atavío?...

...Perdona, Tirsi; el corazón se exhala  
En inútiles quejas, y mi pluma  
En pendiente tan rápida, resbala.

He querido tan sólo aquesa bruma  
Que te ciega rasgar, y de tu copa  
Hacer volar la engañadora espuma.

De poetastros viles la vil tropa  
Ahuyenta, y te veremos caminando,  
De laureles ceñidos, viento en popa.

Tu claro ingenio, tu carácter blando,  
Te llevarán en no remoto día  
Del Helicón al templo venerando.

¡Plegue al cielo que gustes la ambrosía  
Que en sus páginas breves atesora  
El libro de oro que mi amor te envía!

Cuando las nubes y picachos dora  
Naciente el claro sol, y el aura leda  
Las fuentes acaricia triscadora.

Toma el rabel; y entrando en la vereda  
Más solitaria, deja que Virgilio  
El arco temple en medio a la arboleda  
Bajo el ramaje de aromoso tilio.

IDILIO

En bella tarde del feraz Otoño,  
Su manto al recoger el sol traspuesto,  
Sobre el peñasco daba un pastorcillo  
Este cantar al perfumado viento:

“Oh selva amada, selva deleitable,  
“Oh plácido breñal, oh monte excelso,  
“Oh valle arrullador, oh fuente pura  
“Que bañas espumosa el soto fresco.

“Oh pino colosal que tu ramaje  
“Apoyas en la copa del abeto,  
“Y con tu móvil sombra nos convidas  
“A gozar de profundo y blando sueño.

“Oh cárdeno peñón de verde falda,  
“Delicia de mis cabras y embeleso,  
“Que con tu frente armada, de las nubes  
“Rasgando embistes el preñado seno.

“Oh quieta margen del fecundo río,  
“Tanto, que apenas turba tu sosiego  
“El raudo golpe de las limpias aguas  
“Tus menudas arenas rebullendo.

“Oh pacíficas chozas donde el humo  
“En remolinos se levanta al cielo  
“Turbando el aire, o como densa bruma  
“Tendido arropa los calados techos.

“¡Ah! de mis cidros gala del cercado  
“Pueda mirar, y siempre, en los renuevos  
“Los azahares, del florido Junio  
“Cuando respiran el templado aliento.

“Pueda en Otoño mi dorado trigo  
“Al cosechar y el áspero centeno,  
“Cruzar los valles lento y encorvado  
“De los manojos por el dulce peso.

“Y por la tarde al reducir mis greyes  
“De dos en dos bajar a los corderos  
“Nacidos en el monte; y que sus madres  
“Vengan detrás mostrando sus recelos.

“Eche a rodar por siempre del collado  
“Bolas de nieve en el sañudo invierno,  
“Y grandes, tanto, que al herir los troncos  
“El ruido alongue sollozando el eco.

“Pueda mirar en la enfadosa noche  
“Junto al vallado, hilera de esqueletos,  
“La llena luna que en tranquilo curso  
“Trémula mide el refulgente cielo.

“Y allá en la corte, de engañoso brillo,  
“De astucia, orgullo y liviandades centro,  
“Según nos cuentan, en dorada copa  
“Agoten otros el mortal veneno.

“A mí me basta para ser dichoso  
“En estos bosques el frugal sustento  
“Que me produce, sin dañar a nadie,  
“La misma tierra que surcó mi abuelo.

“Y del nogal me basta y del castaño  
“El dulce fruto y del vicioso almendro,  
“Cuando los cierne el céfiro en Agosto,  
“Por tan maduro recoger abierto.

“Y de mi hato la espumosa leche  
“Que escurre de las jícaras al suelo,  
“Y aquellos zarzos que ni al aire oscilan  
“En donde guardo mi abundoso queso.

“Y los vellones del querido manso  
“Que en la pradera trisca y va paciendo  
“La dulce hierba, y que al tornar del monte  
“Cual buen amigo sáleme al encuentro

“Sólo ¡ay dolor! amengua mi reposo  
“Esta pasión que mi sensible pecho  
“Constante nutre, en negra desventura  
“Penando siempre y sin hallar remedio.

“¡Ven, ven, Elisa! Junto a la montaña  
“Está mi choza: cúbrela de un fresno  
“El ancha copa; y miro retratarse  
“Cabaña y árbol en el lago terso.

“Allí los cisnes, ánades y gansos  
“Vienen y van sentando por momentos  
“Su pie extendido sobre el agua pura  
“Cual si estuvieran en el firme suelo:

“Ágiles, ora parten arrollando  
“Las claras linfas con su enjuto pecho;  
“Ora aletean fijos en un punto  
“Su cabeza aplanada zabullendo;

“Ya se pasean en el seco borde,  
“Ya entran graznando en el juncar espeso  
“Que protege los nidos; y es delicia  
“Hallar las ruedas de calientes huevos.

“Trepando ayer por la empinada sierra,  
“Del ahuecado tronco de un enebro  
“Dos cervatillos de manchadas pieles  
“Llevé en mis brazos sin ningún esfuerzo.

“Son muy bellos, Elisa: el uno al otro  
“Se lamen y acarician; con su aliento  
“Se dan calor, y sobre paja muelle  
“Lo más del día pásanse durmiendo.

“Tan mal su grado indócil una cabra  
“Me los ateta, que doblando el cuello  
“Quiere embestirlos mientras yo la afianzo  
“Con ambas manos de la barba y cuerno.

“Hay tordos en los verdes cañizares  
“Que mi estancia rodean; hay jilgueros  
“Que alegres trinan al rayar la aurora  
“Con la calandria en plácido concierto.

“Hay tórtolas que halagan el oído  
“Con suave arrullo y plañidor acento  
“Al mediodía, y tímidas palomas  
“De alas azules y collares negros.

“Hay una hiedra que en variados giros  
“De flor cuajada sube al limonero  
“A cuyo pie borbolla el tibio arroyo  
“Del lago origen, gala y alimento;

“Humea cuando nace; y resbalando,  
“Entre el bosque de fragante eneldo,  
“Mastranzo y manzanillas, escondido,  
“Si es que me baño sírveme de espejo.

“Si tú me oyeras, si tus negros ojos  
“Acá tornarás compasiva al menos,  
“Te llamarían al querido bosque,  
“Ya no mi amor, siquiera los recuerdos.

“Tus avellanos, tu peral, tu olivo,  
“Que en flor dejaste, y el novel cerezo,  
“No llevan fruto; y en sus mustias ramas  
“Prestan cabida al perezoso helecho.

“Te llama, Elisa, la amorosa fuente:  
“Allí tu piedra, allí el mullido asiento,  
“Allí el brocal, en donde largas horas  
“Embebecida oíste sus requiebros.

“Te llama el risco del cercano monte  
“Donde en Octubre libre de recelos,  
“El tibio sol, al espirar la tarde  
“Viste a través de su cendal bermejo.

“Te llama el aura; y la apacible luna  
“No bien domeña al escuadrón protervo  
“De sombras viles, a buscarte cuela  
“Por las rendijas del tugurio yermo.

“Deja la corte: tu candor empañá  
“De la ciudad el hálito funesto;  
“Y ven y habita en las humildes chozas  
“Que aunque muy pobres fueron tu embeleso.

“Ven, ven, Elisa; ven, amada Elisa;  
“Al campo torna; mírame que ciego  
“Al pasturaje donde fuimos juntos,  
“Haya o no grama, mis ovejas llevo.

“Después que te ausentaste, ya no gozo  
“Lo mismo que gozaba en otro tiempo;  
“Por la mañana salgo de mi choza,  
“Triste, y más triste por la tarde vuelvo.

“Elisa, torna, torna; ¡por ventura  
“No te conmueve el mísero lamento  
“Que exhala el corazón? Si generosa  
“Mi amor no pagas, me daré por muerto.”

ELEGÍA

Aquel Mirtilo flor de nuestros campos,  
Gala del valle, orgullo de la selva,  
No existe, Delio, y desde ayer descansa  
En las entrañas de la madre tierra.

¡Ha muerto! El bosque, las erguidas rocas,  
El verde soto y la feraz pradera,  
Sollozan, Delio; y el hirsuto sauce  
Al suelo humilla sus amargas greñas.

Mírase el antes delicioso llano  
Oscuro, escueto, y la fontana yerma;  
Los mirlos callan, y los negros buitres  
Salir rehúsan de su parda cueva.

El mismo Apolo su radiosa frente  
Al espirar el seductor poeta  
Hundió lloroso; y desde entonces cruza  
Envuelto en nubes la enturbiada esfera,

Y los pastores sin poner oído  
Al clamor de sus míseras ovejas,  
En consolar a la infelice madre  
Del buen Mirtilo con su amor se esfuerzan.

¡Y en vano, en vano! ¡Mirta sin ventura,  
 Por menguar tu dolor, la aguda flecha,  
 Que abre camino a tu ánima oprimida,  
 Arrancar de tu seno, quién pudiera!

Tú le amabas, oh Delio; el dulce vate  
 También te amó; no ha mucho que a la incierta  
 Fragante sombra de florido almendro  
 De ti me hablaba y aun lloró tu ausencia.

Yo recogí las últimas palabras  
 De tu amigo infeliz; la suerte aviesa  
 Por desgarrar mi corazón llevóme  
 A presenciar tan lastimosa escena.

Al declinar, dos días ha, la tarde  
 Entré en el madroñal; de una corneja  
 El fatídico vuelo perseguía  
 Con honda leve y zumbadora piedra.

Ella, de rama en rama, en la espesura  
 Se internó, y en la cumbre de una peña  
 Sentó su inmunda planta, redoblando  
 Sus temibles y lúgubres querellas.

Desde la altura, en el boscoso seno  
 De la montaña, vi que cien ovejas  
 A un zagal que dormido parecía,  
 Rodeaban balando lastimeras.

Latiendo el corazón —¿será Mirtilo?  
Me dije; sus rebaños apacienta  
En aquesa cañada donde brotan  
Límpidas aguas y abundosa hierba.

Anhelante bajé por un ramblazo;  
Entre zarzales y erizadas breñas  
Me abrí camino; y del lascivo arroyo  
En breve hollaba la florida vega.

¡Era Mirtilo, Delio! Moribundo,  
Sin luz sus ojos, en musgosa piedra  
Reclinaba la sien, y le envolvía  
Con su ramaje funeral adelfa.

Le llamé por su nombre; sus pupilas  
En mí fijaba y alargó su diestra;  
Quiso valerse; y prorrumpió en sollozos  
Mirando el mundo por la vez postrera.

Las claras linfas del raudal vecino  
Al hacerle beber, su pecho alienta;  
Y me mira de nuevo, y se incorpora  
Y con voz extenuada así se expresa:

*¡Oh padre Febo!... del copudo roble  
Que me cobija, la hispida melena  
Crucen tus rayos; y mi helada frente  
Por un instante con tu luz fomenta.*

*¡Voy a morir!... La fiebre que me abrasa  
Con fuego extraño y que a la par me hiela,  
Mis ojos nubla... ¡Agonizante y solo  
Yazgo aterido en la mojada hierba!*

*Yo, que del lobo a las sangrientas fauces  
Forzudo a veces arranqué la presa,  
No puedo ahora levantar mi brazo  
Para enjugar mis lágrimas postreras.*

*¡Sedme testigos, árboles del soto!  
Sensible y manso el corazón, no alberga  
Ni envidia ni odio; y cedo resignado  
Al ciego influjo de mi mala estrella.*

*De aquese pino las agudas hojas  
Süave aparta... la celeste esfera  
Quiero mirar, parlero cefirillo;  
Entre las ramas ábreme una brecha.*

*Tal vez las nubes de amarillo y nácar  
Del cielo cruzan la región serena,  
Y a engalanar de Apolo el regio estrado  
En grupos al Poniente van ligeras.*

*Tal vez ahora el Véspero amoroso  
Persigue deslumbrando al gran planeta,  
En cuyo manto de carmín se esconde  
Y curioso los ojos abre y cierra.*

*Tal vez los montes vuelven al Ocaso  
Su rubia espalda, y del contorno ahuyentan  
A las alondras, que de cumbre en cumbre  
La garra esquivan de la noche fiera.*

*Tal vez el río, clamoroso, al llano  
Se lanza envuelto en vagarosa niebla,  
Y se sonroja si en su crespá frente  
Iris le pone la imperial diadema.*

*Del verde fresno la robusta copa  
Tal vez agita con sensual pereza  
La tenue brisa, y bajan sollozando  
Las mustias flores y las hojas secas.*

*Tal vez debajo los crecidos lotos,  
Su faz oscura la gentil violeta  
Temblando asoma, y el dorado broche  
Destraba y vierte su fragante esencia.*

*Con paso lento las cobardes sombras,  
De los barrancos a las agrias cuevas  
Suben tal vez; y urgida por los celos  
Espiendo a Febo se levanta Delia.*

*Por las rendijas de mi pobre choza  
Las llamaradas de rojiza hoguera  
Tal vez se miran, y azulado el humo  
Turbando el aire sale por la puerta.*

*iTal vez mi madre!... imadre!... inombre santo!  
iNombre divino!... el único que acierta  
A repetir en medio a mis congojas  
Mil y mil veces mi anudada lengua.*

*Tal vez mi madre... viendo que tendido  
Alumbra el sol, levántase y la rueca  
Guarda afanosa; y vacilante, al prado  
Sale a esperar que su Mirtilo vuelva....*

*iAh, pobre anciana!... nunca tu Mirtilo  
Por sustentarte empuñará la esteva...  
Ni por los montes trepará ligero  
Buscando el nido de la blonda abeja...*

*iMadre!... ¡qué frío!... ven a socorrerme...  
Ven... estoy solo... ¡ven!... ¿por qué te alejas?  
Recoge amante mi postrer suspiro...  
Si en arrullarme fuiste la primera...*

*Poco después el alma de Mirtilo  
Tranquila, noble, soñadora y bella,  
Cercada de ventura y poesía  
Huyó por siempre de su cárcel negra.*

*Guarda sus restos en humilde fosa  
El vecino oquedal; con sombra densa  
Un ciclamor y un álamo cobijan  
El montecillo de mojada tierra.*

Él te rogó que un nido de palomas  
Traspusieras encima; y que su avena  
Encadenaras al vestido tronco  
De agosto roble con tenaz crizneja.

Cumplí su voluntad. Las castas aves  
Por su prole atraídas, en las tiernas  
Ramas del árbol con el crudo viento  
En dulce consonancia se querellan.

Su flauta, Delio, su armoniosa flauta,  
Que tanto, tanto mitigó sus penas,  
De mimbre y trébol con fragante lazo  
Sobre su tumba agítase suspensa,

Allá en la tarde, cuando el fresco río  
Vadea el hato, la radiosa estrella  
Al asomar creemos que nos mira  
Y que sus manes sobre el campo velan.

En el plañir del aura aquesa hora,  
En los murmullos de las aves ledas  
Que entre el ramaje de los verdes tilos  
Por un lugar enójanse y altercan;

En el murmurio de la clara fuente,  
Cuando sus linfas al correr tropiezan  
Con la raíz volante de una encina  
Que provoca dulcísimas reyertas;

Y en el bullicio grato de las hojas,  
Que intentan impedir a las rastreras  
Blancas neblinas, el sonoro paso,  
Su voz oímos modulada y tierna.

Y nos parece que el vapor del monte,  
Blanquizado y tenue, su semblante encela;  
Y revisamos las purpúreas nubes  
En el Ocaso por buscar sus huellas.

A media noche la temblante luna  
¡Con qué primor al encumbrar se cuela  
Entre el follaje, y sus pajizos rayos,  
Sobre la fosa, dolorida quiebra!

No vengas, no. Tu duelo acrecería  
Nuestras desdichas e indecible pena;  
Y esperemos que borre estos vestigios  
Con su aliento la dulce Primavera.

AL VOLVER AL CAMPO

¡Quién me diera ocultarme en las ondas  
Cristalinas del lúbrico río,  
Que atraviesa encrespado y bravío  
La llanura del suelo natal!  
¡Quién me diera esconderme en el bosque  
Silencioso que al Valle circunda,  
Y buscar en la vida errabunda  
Un alivio a mi tedio mortal!

Ya no escucho el rumor de la fuente;  
Ni me arroban los mirlos cantores;  
Insensible del prado las flores  
Miro y huella sin grata emoción:  
Y a un el cielo, ese diáfano cielo,  
Casto amor del pindárico artista,  
De zafir o de grana se vista  
Ya no logra fijar mi atención.

Las montañas, del céfiro blando  
Los murmurios, la nube de encaje,  
No me alegran, ni el rojo celaje  
Ni de Febo el divino esplendor;  
Y en la noche la trémula luna  
Alumbrando la adusta maleza

Sólo viene a doblar mi tristeza  
Acreciendo del alma el pavor.

¿Soy el mismo? ¿el aquél de otros días  
Que arrogante, en la flor de la vida,  
A la margen de fuente escondida  
Entonaba su dulce cantar?  
¿El aquél pastorcillo dichoso  
Que en alfombra de grama y verbena  
Recostado, en la tarde serena  
Sus corderos miraba pastar?

¿Son los mismos la luna y el prado,  
El celaje, la nube, el ambiente,  
Las florestas, el cielo, la fuente,  
Los rebaños, el ave, el peñón!  
El cambiado soy yo... Mi horizonte  
El destino maléfico enluta;  
Y halla espinas tan sólo en su ruta  
Mi sensible y leal corazón.

¡Oh ciudad! con efímero halago  
A tu seno letárgico y triste  
Me llevaste; y en pago me diste  
Un momento de dicha fugaz.  
Por seguirte dejé mi llanura,  
Mi rebaño, mi rústico nido;  
Y en un punto por siempre he perdido  
La salud y del alma la paz.

Vuelvo a ti (y ¡ay de mí, cómo vuelvo!)  
Dulce campo. Tus húmedas brisas  
No le niegues y gratas sonrisas  
A tu pobre, infeliz montañés.  
Dame, oh selva, magnífica selva,  
En tus pliegues humilde morada;  
Y una tumba tranquila, ignorada,  
A la sombra de negro ciprés.

## Sonetos religiosos y morales<sup>8</sup>

### I. MIÉRCOLES DE CENIZA

*Nimium ne crede colorí.*

VIRGILIO

¡Cándido lirio, rosa de escarlata,  
Negro heliotropo, mística violeta,  
Del candoroso Adán la prole inquieta  
Cuán al vivo en vosotros se retrata!

Vístase aquél sus pétalos de plata,  
Éste, enlutado, siga al gran planeta,  
A una por vana, a la otra por secreta,  
Un soplo frío a todos hiera y mata.

Si flor por flor solícito examino  
A la escarcha primera, en sus despojos  
Hallo el mismo color e igual destino.

Y vuelto a mí conozco mis arrojós;  
Palidece mi faz; la frente inclino,  
Y dos lágrimas ruedan de mis ojos.

## II. LA INSTITUCIÓN

*Immolabis Phase vespere ad  
solis Occasum.  
DEUT*

Lleno de amor, negado a las querellas  
Del aura y aves y fontana pura,  
Tramonta Febo y a la noche oscura  
Borrar permite sus fecundas huellas.

Pero al enviar las últimas centellas  
Aquese duelo aviva su ternura;  
Y cambiando ingenioso de figura  
De nuevo encarna en mil y mil estrellas.

¡Ah, Sol del sol! Tu mística Paloma  
Te aprisionó, llegada tu partida,  
Con sus arrullos y preciado aroma;

Y por dejarla en saciedad cumplida  
Tomaste, al trasponer la agria loma,  
En mil panes y una eterna vida.

## Sonetos pastoriles

### II. AL ENTRAR EL INVIERNO

El crudo Norte con su aliento frío  
Va el llano poco a poco despojando  
De su hermoso verdor, y deshojando  
El tierno sauz del vaporoso río.

¿En dónde pacerás, rebaño mío,  
Causa inocente del tormento infando  
Que sufre el corazón? ¡Ya estás balando  
Y aun no se cuaja el matinal rocío!

...Ya sé lo que he de hacer. La hierba fina  
Que ajironada flota en la laguna,  
Tu alimento será; copuda encina

Te abrigará a su pie; y en la importuna  
Noche fría, mi avena peregrina  
He de tañer al rayo de la luna.

III. AL ENTRAR EL VERANO

*Solstitium pecori defendite: jam venit æstas.*

VIRGILIO

¡Montes ceñidos de verdor eterno  
Por la mano de Dios; fuentes sonoras,  
Que os deslizáis en linfas bullidoras  
Lamiendo la raíz del pobo tierno!

¡Madroño, que retoñas sempiterno;  
Y tú, cantueso, que los campos doras  
Coronado de espigas brilladoras  
En verano lo mismo que en invierno!

¡Mirad! Ya enturbia la calina ardiente  
Las tibias auras, y ligero nace  
Sangriento el sol cual globo incandescente;

Enflaquecido mi ganado pace  
La grama seca; y su balar doliente  
Me presagia un funesto desenlace.

V. AL AMANECER

Asoma, Filis, soñoliento el día  
Y llueve sin cesar; en los cercanos  
Valladares al pie de los bananos,  
Mi grey se escuda de la niebla fría;

Las vacas a sus hijos con porfía  
Llaman de los corrales, en pantanos  
Convertidos; y ruedan en los llanos  
Pardas las nubes y en la selva umbría.

Oye... se arrastran sobre el techo herboso  
Los tiernos sauces con extraño brío  
Al mecerlos el viento vagaroso,

Que trayendo oleadas de rocío  
Por las rendijas entra quereloso.  
Prende el fogón, amiga, tengo frío.

VI. AL CAER LA TARDE

Van de tropel cruzando los bermejós  
Celajes el espacio; la campaña  
Pueblan las sombras; y los riscos baña  
Tardo el sol con los últimos reflejos.

En medio, Lauro, a los copudos tejós  
Que sombríos coronan la montaña,  
Descansa Filis, cuya la cabaña  
Fue que en ruinas vislumbras no muy lejos.

Aquella claridad que surge ahora  
Ciñendo el mar, de céfiros ladrones  
La hueste que perfumes atesora,

Y este plañir tenaz de los alciones,  
¡Cuánto agradaban, cuánto a mi pastora!...  
...¡Apíadate de mí!... ¡No me abandones!...

VII. EN LA NOCHE

Parece medio día. ¡Tanto alumbra  
Húmeda el bosque salpicando Febe!  
Süave el cefirillo apenas mueve  
Aquella encina que entre mil se encumbra.

Sobre el Zempoala el Véspero relumbra  
Tendido encima de la blanca nieve;  
Y en la planada el arroyuelo leve  
Como cinta de plata se columbra.

Rutila el cielo; y se oye en la montaña  
De la abubilla el grito lastimero  
Que el eco reproduce en la campaña.

Flérida, ven y sígueme, pues quiero  
Gozar de aquesta noche. La cabaña  
Cierra, amiga; te aguardo en el otero.

IX. EN MAYO

¿Ves, Salicio, rodar en la cascada  
Copo tras copo de rojiza espuma?  
¿No sientes que el oído nos abrumba  
El fragor que retumba en la hondonada?

Fija en el cielo ahora tu mirada  
Desde ayer enturbiado por la bruma,  
Y mira que el halcón de roja pluma  
Revuela con la cola desplegada.

Ya triscan los cabritos; el ganado  
Con la pezuña escarba en las praderas  
Y husmea el viento de agua saturado.

Oye, Salicio, un ojo a mis corderas;  
Viene la lluvia, y de por fuerza o grado  
Voy a cubrir del chozo las goteras.

X

¡Déjame aquí, pastor!... Si amargo celo  
Mi lengua traba, el corazón devora;  
Déjame aquí... ya viene la pastora  
De ojos rasgados de color de cielo.

Déjame aquí, pastor; este consuelo  
No me niegues, que llega la traidora:  
Y... nunca, si mi suerte no mejora,  
Tornarás a mirarme en este suelo.

¿Qué es esto? ¿Qué queréis, ovejas mías?  
¡Lejos de aquí!... mi látigo... a los cerros  
Id, no hay sal, ni tolero demasías.

¿Baláis? callad: ¡estoy para cencerros!  
Tomad; e idos a balar impías...  
¿No escuchas el ladrido de sus perros?

XII

Oye, pastor: inútiles tus quejas  
Serán si diligente no procuras,  
Saliendo de este bosque, a las llanuras  
Conducir tus raquílicas ovejas.

¿No miras que sus Cándidas guedejas  
Quedan prendidas en las zarzas duras,  
Y que a llamar en vano te apresuras  
Si el negro lobo asoma las orejas?

Sabemos bien que Filis, la inconstante,  
Tus esperanzas burla... mas... innoble  
Parece que el ganado muera errante.

Leandro, tu rival, mientras inmoble  
Las aguas ves correr, canta triunfante  
Con tu pastora bajo el fresco roble.

XIII

*Vaccinia nigra leguntur.*

VIRGILIO

Mi color te desplace: soy morena.  
¿Qué quieres? en las selvas fui nacida;  
Y en cuidar mi rebaño, entretenida  
Paso el día, de afeites siempre ajena.

Si el aire de pastora me condena  
Ante tus ojos, si otra te es querida,  
Dichosa más que yo, bien de mi vida,  
Déjame a solas devorar mi pena.

...Más no. Si de Moisés Séfora hermosa,  
Siendo etiopisa, el corazón alcanza;  
Y el mismo Salomón llamó su esposa

A Sabá (y era negra), en lontananza  
Vislumbro que mirándome graciosa  
Tornarás dando el lleno a mi esperanza.

XIV

¡Cuánto me agrada, Flérida, el rüido  
Pausado que hacen al tronzar mis vacas  
Entre las hojas del encino opacas,  
Los tallos dulces del llantén crecido!

¡Cuánto me agrada, Flérida, el silbido  
Del viento, si sacude mis barracas  
O se columpia y trisca en las estacas  
Del viñedo que un año no ha cumplido!

Y el canto de las aves, y el acento  
Del riachuelo llorón que necio lidia  
Con las peñas que baña con su aliento.

Flérida, hermana, ¡cuánto me fastidia  
La corte, y cuánto acá moro contento  
Sin oír los murmullos de la envidia!

XV

¡Quién me dijera ayer, undoso río,  
Cuando amarraba alegre mi barquilla  
De aquese roble, que tu verde orilla  
Quemar debiera con el llanto mío!

¡Quién me dijera que el infiel desvío  
De aquella ingrata que mi honor mancilla,  
Débil mi voz, temblante mi rodilla,  
Me arrojara a tu borde y soto frío!

Enfermo ahora, pobre, sin ovejas,  
Sin hogar ni rabel, en hondo duelo  
A importunarte vengo con mis quejas.

¡Tiempo voluble!... Entonces, sin recelo  
En tus frías ondas y bermejas  
Veía balancear el claro cielo.

XVI

Quisiera, Delio, que en aquella altura  
Donde perenne trisca el cefirillo,  
Un cipresal en verdinegro anillo  
Guardara plañidor mi sepultura.

Y que en la tarde henchido de amargura  
Vinieras tú pulsando el caramillo,  
A despartir adelfas y tomillo  
Este lamento dando al aura pura:

“¡Ah, pobre Alcino!... Ni la negra suerte  
“Domó tus bríos; ni la falsa gloria  
“Avasalló jamás tu pecho fuerte.

“¡Viviste sin vivir!... Tal es tu historia.  
“¡Descansa en paz! y mira que la muerte  
“No ha logrado robarme tu memoria.”

XVII. UN PASTOR AUSENTE

De airoso roble en la corteza dura  
Grabé tu nombre con dolor infando;  
Y vacilante sobre el césped blando  
Tus huellas busco y en la selva oscura

Cabe la fuente que a mis pies murmura,  
La vez primera te miré lavando  
Tu bello rostro; pálida, llorando,  
De mí te despediste en esa altura.

Hoy de ti, dulce joven y querida,  
Me separan los negros anchos mares...  
¡Virginia! por piedad, ¿dónde eres ida?

Ven, ven acá; de mí no te separes.  
Mira que estoy cercano a dar la vida  
En fuerza de tan hórridos pesares.

## Sonetos varios

### I. EN LA MUERTE DEL SEÑOR PÍO IX

*In nidulo meo moriar; et sicut Phoenix  
multiplicabo dies meos.*

JOB

En triste hoguera por el sol prendida  
Único el Fénix se consume fuerte,  
Sabiendo por instinto que la muerte  
Es artificio de alargar la vida.

Voraz la llama apenas extinguida,  
Joven renace en su ceniza inerte;  
Y por eso quizá su triste suerte  
Es muy más envidiada que temida.

Así de Pedro el sucesor anciano:  
Afligido de antiguas herejías  
Trueca en pira su nido, el Vaticano.

Pero al morir, de sus cenizas frías  
Renace como el Fénix soberano,  
Y multiplica sus gloriosos días.

II. EN TENANGO DEL VALLE

*Deus nobis hæc otia fecit.*

VIRGILIO

Tímida, insomne, apenas abrillanta  
La aurora el bosque, y de colores suaves  
Los cielos tiñen, al canto de las aves  
Inmolo en templo humilde la Hostia santa.

Sigo y persigo con ligera planta  
Mis greyes, libre de cuidados graves;  
Me da su sombra, en vez de ricas trabes,  
Un roble que hasta el éter se levanta;

Delia su luz; los árboles sus pomas;  
El arroyuelo que a mis pies murmura  
Sus cristales; las flores sus aromas;

Y el cefirillo inquieto, en la espesura  
Compite en el gemir con las palomas  
Y me regala ensueños de ventura.

III

*Et de petra, melle saturaviti eos*

SALMO LXXX

Es agraciada y noble, y no le arredra  
A Diana, cuando Febo se avecina,  
Con temblorosa diadema y peregrina  
Ceñir la frente de la humilde hiedra.

Y en el abra negruzca de la piedra  
La abeja esconde su fragante mina;  
Y el fruto ostenta la silvestre encina,  
De vid dorada que a su abrigo medra.

Tú, Dios eterno, Espíritu fecundo  
Que haces brotar de mieles el tesoro  
Del seno de las rocas infecundo,

Darme quisiste, en vez de plata y oro,  
Para atenuar mis penas en el mundo  
Avena grácil y rabel sonoro.

IV. AL CAER LA TARDE

Del bosque amé la majestad serena  
Cuando tramonta el sol y el mundo esquiva;  
Esta quietud, para otros repulsiva,  
Es lo que más me agrada y enajena.

En torno mío la última cadena  
De montes, se corona de luz viva;  
De luz crepuscular que más se aviva  
Si viene no muy lejos luna llena.

Este crujir de las caídas hojas  
Si las huella, los plácidos rumores  
Del maíz que ya cuelga sus panojas.

Y estos del río acentos plañidores.  
de mi espíritu amenguan las congojas  
Y adormecen del cuerpo los dolores.

V. A UNA TÓRTOLA

Huésped del bosque y júbilo y decoro,  
Al despertarse cuando rompe el día,  
El cefirillo, infunde su alegría  
Al de las aves encumbrado coro.

Se abate y roza con sus alas de oro  
La tibia sien de la fontana umbría,  
Y la acaricia con tenaz porfía  
Hasta que suelta el murmurar sonoro.

De ti no más, emblema del herido  
Enjuto corazón, de ti, no alcanza  
Otro halago Favonio que un gemido.

Dulce avecita, sigue: no hay mudanza  
Posible para ti, porque has nacido  
Destinada a llorar sin esperanza.

VI. A UNA FLORECILLA

¡Humilde flor! Ninguno tu corola  
Admira blanda y de gentil decoro,  
Ni tus estambres saturados de oro,  
Ni tu perfume suave de viola.

Naces y mueres retirada y sola;  
Te aduerme joven el malvís canoro;  
Y en tu muerte la aurora de su lloro  
Deja en tus sienes trémula aureola.

Amiga flor, en tu purpúreo seno  
Recoge y guarda el llanto que gotea  
De quien, cual tú, vegeta en suelo ajeno.

¿Cuándo querrá la suerte que te vea  
De mi cabaña en el umbral sereno  
Y en el ejido de mi dulce aldea?

VII. A UN POETA

*Omnia fert ætas.*

VIRGILIO

Como en el mar las naves voladoras,  
Como en las algas gélido el rocío,  
Como en declive el espumoso río,  
Resbalan, Tirsi, las fugaces horas.

Dulce poeta, ¿por ventura ignoras  
Que el grave Otoño sucedió al Estío,  
Y que sus alas bate el cierzo frío  
Sembrando sus escarchas roedoras?

¿Cómo es que pides versos inocente!  
Al bardo lugareño, que marchito  
Ostenta el lauro en la surcada frente?

Huyó ese tiempo de cantar bendito:  
Y a mi lira dorada y plectro ardiente  
Les dije adiós, en lastimero grito.

X. AL VOLVER A MI TIERRA NATAL

Después de un año de penosa ausencia,  
Oh Valle, admiro tus amenos prados;  
Tantas veces y tantas frecuentados  
En la época feliz de mi inocencia.

Y tus riachuelos de eternal cadencia,  
Que a la llanura van precipitados,  
Los mismos son; los mismos tus collados  
Que otro tiempo alegré con mi presencia.

¡Ah, dulce patria, objeto de mi anhelo  
Si adverso el hado me encadena ahora  
Lejos de tu almo y esplendente cielo,

Que a lo menos tu brisa bullidora  
Acaricie mi tumba en este suelo  
A la luz apacible de tu aurora.

XI. A UN POETA

*Dignum laude virum*

*Musa vetat mori.*

HORACIO

Nunca jamás la mano del olvido,  
Aunque la suerte acrezca sus rigores  
O en los collados eternos mores,  
Te arrancará de un pueblo agradecido.

En la luz de la luna, en el balido  
De la inocente oveja, y en las flores,  
Y del aura en los místicos rumores  
Tan vivo quedarás como has vivido.

Cruel la envidia, que con ágil planta  
Hoy te persigue, flébil a tu lado  
Veráse y muda ante desdicha tanta.

¡Sólo el poeta, del sepulcro helado  
Y mil veces más vivo se levanta  
Y más querido y triunfador del hado!

XIV. AL AMANECER

Rompe la flor el nacarado broche  
Fragante y bello; el cielo se engalana;  
Y trina el ave al asomar Diana  
Risueña y pura en argentado coche.

El séquito brillante de la noche  
Huye despavorido; y queda ufana  
La estrella matutina cual sultana,  
Superior a la envidia y al reproche.

Las tiernas hayas mece gemebundo  
El viento; y del peñón por un taladro  
Rápido el río arrójase y facundo;

Lanza el mochuelo su postrer baladro;  
Y en pabellón de nieblas duerme el mundo  
Mientras contemplo tan grandioso cuadro.

XV. AL PARTIR DE TENANGO DEL VALLE

Amadas ovejitas... ¡Oh tormento  
Inefable y cruel! Llegó el temido  
Fatal instante; y del pastor querido  
Vais a escuchar el postrimer acento.

Si no en la vida os esquiló avariento,  
Si os ama tanto, y acudió afligido  
Cuando exhalabais el menor quejido,  
No deis ingratas su memoria al viento.

Os queda otro pastor, que a las hermosas  
Y saludables cristalinas fuentes,  
Os llevará en las tardes calurosas.

No os fieis, no, de pérfidas corrientes;  
Ni gustéis, por piedad, hierbas dañosas  
Que a la vista parecen inocentes.

XVI. AL TERMINAR EL DÍA

Cansado el sol del blanquecino monte  
En el blondo cabello hunde la frente;  
Céfiro jugueteón riza la fuente,  
Y se tiñe de gualda el horizonte.

Con su hacha al hombro torna el guardamonte  
Melodiosa canción dando al ambiente;  
Robusto el labrador busca impaciente  
Su hogar y llama a quien el lecho apronte.

Y las aves, perdidas ya sus galas,  
Vuelven al nido y la última armonía  
Entonan al plegar sus dulces alas.

¡Todo respira paz y poesía!  
Yo... sólo aspiro a las etéreas salas  
Donde hallará reposo el alma mía.

XVIII. A UNA FUENTE

Ni el blando arrullo de vernal ambiente,  
Ni la llovizna que mi techo cala,  
Ni el pajarillo sacudiendo el ala,  
Te pongan celos, rumorosa fuente.

Llevas ceñida la cerúlea frente  
De ovas y espuma, tu aderezo y gala;  
Y te corteja el iris y regala  
Tu voz mi oído y soñadora mente.

Das a las ciervas al rayar la aurora  
Tu blanco pecho; y en perenne vida  
Mantienes al rosal que te colora;

Y la torcaz paloma, embebecida  
En ti se mira, y al mirarse llora:  
Y en tu margen escóndese y anida.

XX. AL VÉSPERO

No envidio tu fulgor, querida estrella  
De la tarde, ni el aire con que a veces  
Sigues al sol y hundida te estremeces  
En su manto imperial de grana bella.

Ni si entre ciento tu beldad descuella  
Cuando al llegar la noche en brillo creces,  
Y a instantes como lámpara te meces  
Mi corazón exhala ruin querella.

¿Envidia? no: mas sí me pone celo;  
Un celo blando, justo, inofensivo,  
Pensar que alumbras mi dorado suelo...

Mi húmedo Valle... Dile que no vivo:  
Y ni puedo vivir bajo otro cielo  
Si queda el alma en el hogar nativo.

XXI

¡Jamás un ramo de risueña oliva  
Ay Delio, Delio ceñirá mi frente!  
¡Nunca una hoja me dará luciente  
De su espléndido manto palma altiva!

Fragante el mirto mi presencia esquiva;  
Mustio el laurel a orillas del torrente  
Se esconde; y se hunde en la callada fuente  
Por no verme la dulce sensitiva.

¡Solo crinado un sauce triste asoma  
Y un fúnebre ciprés...! No hay ruiseñores  
Que el lloro estorben de torcaz paloma.

¡Vate infeliz, sin ilusión ni amores,  
Deja el laúd en esa calva loma  
A merced de los vientos silbadores!

XXII. AL TERMINAR EL OTOÑO

Diáfano el aire, cobra nuevo brillo  
Radiante el sol en la azulada esfera;  
Encanece la parda cordillera  
Y se visten los campos de amarillo;

Presas las aguas en su verde anillo,  
Recibe el lago en su límpida junquera  
De tordos la falange aventurera  
Que le adormecen con cantar sencillo.

¡Qué triste perspectiva! ¡Yerto el prado...  
Yertos los ríos... yerta la llanura  
Del cierzo aterrador al soplo helado!

¡Ay de mi Valle la eternal verdura!  
Mi Valle siempre en flor y serpeado  
Por aquellas corrientes de agua pura.

XXIII. AL XUXTEPETL

*Al tornar por la vez primera a Tenango del Valle*

¡Guardián del valle, que de azul y gualda  
En alto solio tu cabeza erguida  
Airoso elevas cana y mal ceñida  
De roble y pino en húmeda guirnalda!

Libre y feliz, a tu amorosa falda  
Logré atenuar las penas de mi vida;  
¿Y hoy?... ¡Sólo mi cabaña derruida  
Cobijas con tu manto de esmeralda!

En tu gemir de agreste melodía,  
En tu hálito aromoso, en tu severo  
Mirar, ya no hallo encanto y poesía.

Oh monte, monte de quietud venero,  
En tu ardua selva rumorosa y fría,  
Acógeme ya pobre y forastero.

## XXIV. EL PINO

Hay en mi pueblo un árbol cuya altura  
Nadie alcanzó a medir: es un sabino  
Que el soto envuelve del raudal vecino  
Con regio manto de eternal verdura.

Lleva su calva frente al aura pura  
Con donaire; furioso el torbellino  
No logra menear el viejo *pino*  
Gala y padrón de mi natal llanura.

¡Cuántas veces al pie de aquel gigante,  
En mi niñez, la sombra apetecida  
Buscaba sudoroso y anhelante!

¡Cuántas... oh Dios... en la estación florida,  
De su regazo fue mi madre amante  
A arrancarme temiendo por mi vida!

XXV. A MI CANARIO

Canario mío de color divino,  
Exiguo, tenue, centro de elegancia,  
Suave el plumón aun llevas de la infancia  
Y ya me alegras con tu dulce trino.

Del rudo tronco de nudoso encino  
Pende tu jaula en mi tranquila estancia;  
Y junto a mí respiras la fragancia  
Que trae el viento del jardín vecino.

Si ambos vivimos lejos de la tierra  
De nuestros padres, si ambos forasteros  
Somos en esta tempestuosa sierra,

Cantemos pues los dos. A vocingleros  
Gorjeos, ave, tu garganta cierra;  
Y modulemos sonos lastimeros.

XXVI. A UNA FLOR

¡Gala del valle, pudoroso nardo,  
Que sólo alientas en el campo bello,  
Que humilde apoyas tu nevado cuello  
De acacia virgen sobre el tronco pardo!

En las mañanas joven y gallardo  
Temblante aguardas el primer destello  
Del sol, mostrando de pureza el sello  
Entre las greñas del lascivo cardo.

¡Ah, pobre flor! Si tu marchita frente  
Hoy a la tierra lánguida se inclina  
Buscando el musgo de tu amiga fuente,

Muy lejos yo de mi natal colina  
También respiro el extranjero ambiente  
Sintiendo que mi muerte se avecina.

XXVII. AL SOL PONIENTE

¡Adiós, oh sol!... De púrpura suprema  
Su lecho Tetis y de blonda espuma  
Te indica muelle, y transformada en bruma  
Encubre tu magnífica diadema,

¡Adiós!... ¡Acaso por la vez postrema  
Te admiro!... Acaso el hado que me abruma  
En esta noche súbita consume  
Aqueste fuego que ávido me quema.

Si de tu rojo tálamo y luciente  
Por la mañana tímido el lucero  
Descorre la cortina transparente,

No tardes, nó, levántate ligero;  
Ven presuroso y en mi helada frente  
Imprime, oh sol, el ósculo postrero.

XXIX

Quiero morir al pie de grueso pino  
Y sobre el fresco césped recostado,  
Cuando los riscos del peñón alzado  
Bañe la luna con fulgor divino;

Que una tórtola gima en el encino;  
Que se lamente el céfiro a mi lado;  
Y que plañendo, silencioso el prado  
Un arroyuelo cruce peregrino.

Y quiero, Fabio, que de verde palma  
Y de laurel cortado en la espesura  
Ciñas mi frente en venturosa calma;

Que tañan los zagales con dulzura  
Junto a mí sus rabeles: y mi alma  
Irá tranquila a la celeste altura.

XXXIV. A UN POETA

¡Delicia y gala de la selva umbría,  
Viola tropical, Marón indiano,  
Que diestro, al caramillo siciliano  
Haces verter raudales de armonía!

A la fontana que resbala fría  
Robaste su gemir; al mar su arcano;  
Los arrullos al céfiro galano;  
El trino al ave; al Hibla su ambrosía.

El cardo azul, anémone y violeta  
Con la hiedra se enlazan reluciente  
Y festonan tu mágica paleta.

Y deja el trébol la nativa fuente  
Por ligarse al laurel, oh gran poeta,  
Que asombra ufano tu ardorosa frente.

XXXVI. A MI URRACA

Hija locuaz de la apartada zona  
Que el Atoyac salpica con su espuma,  
Que un sol de fuego con su peso abruma,  
Urraca singular, ave ladrona;

¿Mi lápiz dónde está?... ¡Por la corona  
Que llevo, juro que tu audacia es suma!  
¿En dónde mi papel? ¿dónde mi pluma?...  
¡Qué pesares tu instinto me ocasiona!

¡Quisiera!... Pero nó; prosigue: ufana  
Vuelca, destruye, roba... que un tesoro  
Por ti daría; mi escritorio allana.

Ven, llégate, avecilla. Conmemoro  
¡Ay Dios! que te amansó mi dulce hermana:  
Por eso al verte me sofoca el lloro.

*Tenango del Valle, 1881.*

XXXVII. A MI CABALLO

No viene de Bucéfalo o Babieca  
Ni del tardo y sufrido Rocinante,  
Ni fue jamás de caballero andante  
Este caballo que de manso peca.

Puede montarle, y aun llevar su rueca,  
Cualquiera Filis; y él, de buen talante,  
La tierra oliendo, seguirá adelante  
El pajuz rebuscando y fronda seca,

Y aunque así sea; mi rocín querido,  
De Tenango en el valle polvoroso,  
Incansable diez años me ha servido.

Que si no es muy ligero y animoso  
Sube montes enhiestos atrevido,  
Y de mil cuitas me ha sacado airoso.

XXXVIII. A MI URRACA

¡Ah!... ¡presa tú! Conmigo en las serenas  
Verdes llanuras y áridas colinas  
Libre moraste; y hoy el cuello inclinas  
Amorosa besando mis cadenas.

Y del Gril por las márgenes amenas  
Me seguías debajo las encinas;  
¿Te acuerdas? Si las flores en espinas  
Se truecan, compartamos nuestras penas.

Mas nó: la libertad, un don que el cielo,  
Ave amiga, te diera generoso,  
¿He de robarte? nó: ¡pese a mi anhelo!

Tiende las alas; vuelve al campo hermoso;  
Y deja, deja que en extraño suelo  
Espire solitario y pesaroso.

*México, 1883.*

## Notas

<sup>1</sup> Traducción parafrástica, es la que no se ciñe a la letra del texto sino que su traductor la amplifica.

<sup>2</sup> El autor presenta diez églogas (poemas pastoriles). Nosotros ofrecemos la décima sólo por ser breve y porque el lector interesado puede ver otras más en el libro *Dos autores latinos*, publicado en 2009 por el CEAPE. Su traducción literal, realizada también por Pagaza, se puede leer en el libro *Bucólicas*, de Publio Virgilio Marón, traducción literal de Joaquín Arcadio Pagaza, con edición crítica, notas y presentación de Sergio López Mena, México, UNAM, 1988.

<sup>3</sup> Respetamos siempre la ortografía del texto original, aunque suprimimos el acento que suele ponerse en las vocales **a** y **o** cuando van solas.

<sup>4</sup> En latín Gallus, se refiere a Cayo Asinio Gallo, hijo de Asinio Polion, poeta célebre admirado por Virgilio. En esta égloga décima Virgilio canta los amores de Galo y acude a la fuente Aretusa de Sicilia solicitando su ayuda para hacerlo debidamente. El lector entenderá mejor estos poemas latinos si acude a la mitología griega y romana cuando encuentre nombres desconocidos.

<sup>5</sup> Se refiere a las imitaciones que hace siguiendo a los clásicos latinos. Esto explica los nombres pastoriles con los que salpica algunos poemas.

<sup>6</sup> Tirsi, nombre de un pastor que sustituye al de un amigo de Pagaza que ignoramos. En todos sus poemas pastoriles Pagaza hará lo mismo, ocultando a personas conocidas bajo nombres de pastores guardando así su privacidad.

<sup>7</sup> El vulgo profano.

<sup>8</sup> Son diez. Sólo copiamos los dos primeros como muestra.

# Algunas trovas últimas\*

(1893)

\* El texto de este segundo libro lo tomamos también de su primera edición, cuya portadilla dice a la letra: *Algunas trovas últimas de Clearco Meonio*, y en la portada: "*Algunas trovas últimas* de D. Joaquín Arcadio Pagaza. Canónigo de la Iglesia Metropolitana de Méjico y Rector del Seminario; individuo de número de la Academia Mejicana, correspondiente extranjero de la Real Española y entre los Árcades de Roma Clearco Meonio. Méjico. Imprenta de J. Joaquín Terrazas. S. José de Gracia num. 5. 1893." El libro fue consultado en la colección digital de la biblioteca de la Universidad Autónoma de Nuevo León, Capilla Alfonsina. El ejemplar usado perteneció a Mons. Emeterio Valverde y Téllez, obispo de León.



## Traducción parafrástica de algunas odas de Horacio<sup>1</sup>

II

*Solvitur acris hyems grata vice Veris et Favoni.*

Libro I, Oda IV

Depone su rigor el agrio Invierno  
Al vislumbrar el tierno  
Semblante de la fértil Primavera;  
Colúmpianse los suaves  
Céfiros tibios, y de enjutas aves  
Las máquinas despejan la ribera.

Del aprisco seguro y abrigado  
No gusta ya el ganado,  
Ni del hogar el labrador robusto;  
Ni se alza la espesura  
Llevando veste de sin par blancura  
De nieve y hielos, con aspecto adusto.

Ya las danzas preside Citerea  
Cuando muda vaguea  
Llena la luna por el ancho cielo;  
Y las Ninfas y Gracias  
En grupos coronándose de acacias  
Con alternado pie hieren el suelo.

Y mientras, con los cíclopes Vulcano  
El monte siciliano  
Hace tremer flamígero y ardiente;  
Y las armas letales  
Caldea de los héroes inmortales  
Y los rayos de Jove omnipotente.

Conviene ahora, la cabeza ungida  
Con esencias, ceñida  
Llevar en lauros de inmortal verdura  
Y en nacaradas flores  
Que desparciendo bálsamo y olores  
A producir la tierra se apresura.

Conviene ahora, en la arboleda umbría  
Bajo la sombra fría  
Sacrificar a Fauno algún cabrito  
Con mano placentera;  
O, si mejor le place, una cordera  
La más lucia que pazca en el distrito.

Sestio dichoso, pálida la muerte  
Pulsa la torre fuerte  
Del rey soberbio con la misma planta  
Con que pulsa la choza  
Donde el pobre sin término solloza  
Y que apenas del suelo se levanta.

Es deleznable el tiempo de la vida  
Tanto, que no convida  
A nutrir engañosas esperanzas.

Presto a la fosa oscura  
Te arrastrarán tembloroso de pavor  
Los manes con indignas asechanzas.

Y la plutonia casa sorprendido  
Mirarás, y que ha sido  
De dicha albergue o manantial de horrores;  
Donde una vez entrado,  
No ha de tocarte en suerte por el dado  
Tasar en el banquete los licores.

III

*Non ebur neque aureum*

Libro II, Oda XVIII

En mi casa no esplende  
Marfil bruñado, ni de cedro y oro  
El artesón trasciende;  
Ni de Himeto sonoro  
Labrada trabe préstale decoro.

Columnas oprimiendo  
En el confín del África entalladas;  
Y de Átalo no siendo  
Pariete, sus moradas  
Me apropio y sus riquezas acopiadas.

De mis pobres clientes  
Las humildes y púdicas esposas,  
Para mí, complacientes  
No tejen y afanosas,  
De Laconia las púrpuras preciosas.

Una benigna vena  
De ingenio y gratitud en mí se halla;  
A mí, pobre, sin pena

El rico la muralla  
Por verme deja, y mi estro le avasalla.

No a los dioses fatigo  
Pidiendo más; ni a importunar me inclina  
Al generoso amigo  
Avaricia mezquina;  
Soy feliz con mis campos de Sabina.

El día es empujado  
Por otro día; aménguase y convierte  
La luna; y olvidado  
De la cercana muerte,  
Mármoles labras de cantera inerte.

Del sepulcro te olvidas  
Por alzar un palacio; y no contento  
Con las tierras asidas  
Que tienen firme asiento,  
Sobre la mar fabricas avariento;

Sobre la mar que fiera  
A Bayas lame con tremendo ruido;  
Y en desviar la ribera  
De donde siempre ha sido,  
Te esfuerzas arrogante y presumido.

¡Qué mucho que acrescieras  
Tus labores, si borras con esmero  
De tus tristes clientes

El vecino lindero  
Por allegarte un surco pendenciero?

La mujer y el amado  
Esposo dejan el caliente nido,  
Y al hijo desaseado  
Del seno mal prendido  
Transponen, y al péñate ennegrecido.

Para el amo avariento  
acaudalado, en la infeliz morada  
del Orco turbulento  
Y rapaz, separada  
No hay aula que le aguarde y reservada.

¿A dónde vas? ¡a dónde?  
Igual la tierra, en la mansión temida  
Al miserable esconde,  
Y para allí convida  
De reyes a la prole envanecida.

Satélite severo  
Del Orco, a Prometeo malogrado,  
El infernal barquero  
Con oro cohechado,  
No quiso reducir a aqueste lado.

A Tántalo orgulloso  
Éste aprisiona; y vengador reprime  
Al linaje famoso

De Tántalo sublime  
Y que padece sin descanso y gime

Y alguien ora le implore,  
Ora en secreto sometido al hado  
Alguien sin tasa llore,  
Se da por invitado  
Para aliviar al pobre desgraciado

IV

*Laudabunt alii claram Rodhen aut Mitylenem*

Libro I, Oda VII

Alaben unos a la noble Rodas,  
Clarísima entre todas,  
A Éfeso, Mitilene, o las erguidas  
Murallas singulares  
De Corinto, bañadas por dos mares  
Y de su espuma candida nacidas;

O a Tebas fértil cuyo suelo honroso  
A Baco generoso  
Miró nacer; o a Delfos que descuella  
Al Parnaso vecina  
Donde Apolo facundo vaticina,  
O el valle Tempe de Tesalia bella.

Otros procuren en extensos cantos  
Celebrar los encantos  
De la ciudad de Palas; y en oliva  
Vencedora y luciente  
Prefieran coronar la docta frente  
Antes que en mirto, lauro o siempreviva.

Y muchos entre todos de consuno,  
Por agradar a Juno  
De Argos altiva ensalcen a porfía  
Los floridos vergeles;  
Y sus nobles e indómitos corceles,  
Y el lujo de Micenas y valía.

Que a mí, no tanto la sufrida Esparta  
Me embebece y coarta,  
O los fértiles campos de Larisa.  
Como aquella caverna  
Donde fluye la Albúnea sempiterna  
Y entre guijas saltando va de prisa;

Y de Tívoli, el Anio arrebatado  
Y el bosque dilatado  
De Tiburno, y los valles y los huertos  
Gratos y humedecidos  
Por aquellos arroyos bendecidos  
Que allí se miran discurrir inciertos.

A la manera que divide el Noto  
Por el cielo remoto  
Los nubarrones cárdenos en briznas,  
Y luego las aleja  
Y el firmamento, alígero, despeja  
Y Sin producir vapores y lloviznas,

Así tú, Planco, ataja, ataja el vuelo

Al amargoso duelo;  
Y acota los trabajos de la vida,  
Como discreto y sabio,  
A menudo posando el seco labio  
En grande taza de licor henchida;

Ora te veas pálido y sediento  
Allá en el campamento  
Las insignias velando relucientes,  
Ora en la verde alfombra  
De tu Tívoli mores a la sombra  
Cabe aquellas limpísimas corrientes.

Huyendo de su padre y Salamina  
Su amargura domina  
El Teucro, y de los álamos erguidos  
Con hojas coronaba  
La sien humedecida; y así hablaba  
A sus conmlitones afligidos:

“Amables camaradas, compañeros  
“De mis tormentos fieros,  
“Do quiera que nos lleve la ventura,  
“Menos cruda y huraña  
“Que mi padre, si Teucro os acompaña  
“No desperéis; es Teucro quien augura.

“Sabed que Apolo, nunca fementido,  
“Constante ha prometido,  
“Que muy presto en incógnita ribera  
“La nueva Salamina

“Fundaremos, tan bélica y divina  
“Que alcance a competir con la primera.

“Varones esforzados, que conmigo  
“Sufrís del enemigo  
“Hado el furor, ingentes los pesares  
“Despedid animosos  
“Yantes libad los vinos deliciosos:  
“Mañana tornaremos a los mares.”

IX

*Diffugere nives, redeunt iam gramina campis*

Libro IV, Oda VII

Aléjase la nieve:  
Torna al campo feraz la hierba amante;  
Los árboles en breve  
La cabellera undante  
Sueltan, y el mundo cambia de semblante;

Y, menguadas sus linfas,  
Se encauza el río; de una y otra hermana,  
La Gracia, y de las Ninfas  
En consorcio, liviana  
Los coros guía y en danzar se afana.

No esperes en la vida  
Cosa inmortal; lo advierte el año inestable  
Pasando de corrida;  
Y la hora variable  
Que el día te arrebatara más amable.

Suavízanse los fríos  
Con Favonio; a la dulce Primavera  
Persiguen los Estíos;

Y a éstos, su cabellera  
Sacudiendo el Otoño lisonjera;

Y el perezoso Invierno  
Viene después. Las lunas en su vago  
Lucir y cambio eterno,  
El lamentable estrago  
Reparan prontas con celeste halago.

Nosotros, si caímos  
Do el pío Eneas, do Tulo el opulento  
Y Anco, cual polvo huimos  
Que va a merced del viento,  
Y cual sombra que pasa en un momento.

¿Quién sabe, o saber puede  
Si el alto Dios, del tiempo de mañana  
Una hora le concede,  
Sobre la suma vana  
De años que hoy pierde con torpeza insana?

Lo que dieres ahora  
De tu caudal con ánimo piadoso,  
Huirá la escrutadora  
Mirada del gozoso  
Herederero que acecha codicioso.

Y cuando hubieres muerto  
Una vez solo, y Minos la sentencia  
Pronuncie, nunca al puerto,

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA

El linaje y clemencia  
Te volverán, Torcuato, o la elocuencia.

Con dolor de Diana  
A Hipólito retiene cual trofeo  
La inferna sombra vana;  
Ni logra abrir Teseo  
A Piritó las puertas del Leteo.

XII

*Exigi monumentum aere pereniun*

Libro III, Oda XXX

Acabé un monumento  
Más perenne que el bronce, y más alzado  
Que las regias pirámides; ni el viento,  
Ni mordaz lluvia excavarán su asiento,  
Ni el curso arrasador del tiempo alado.

¡No moriré del todo!  
Del funéreo ataúd la parte noble  
De mi ser huye por extraño modo;  
Y he de ver alargarse el periodo  
De mi vida, ceñido en lauro y roble.

Seré mientras airosa  
Cobije al mundo del romano solio  
La bandera temida y gloriosa,  
Y mientras con la virgen silenciosa  
El Pontífice ascienda al Capitolio.

Me veré ennoblecido  
Donde resbala tímido el Ofanto  
Con temeroso y asordante ruido,

Y donde riega el Dáuno empobrecido  
Agrestes pueblos sin verdor ni encanto,

Por haber el primero,  
Aunque de humilde y mísero linaje,  
Vertido fiel con amoroso esmero  
Los versos eolios al latín austero  
Dándoles rico y áulico ropaje.

Melpómene, tu gloria  
Por mis afanes, gózate, hoy empieza;  
Viva conserve el mundo tu memoria;  
Y ciñe en prenda de ínclita victoria  
Con el délfico lauro mi cabeza.

XIII

*Beatus ille qui procul negotiis*  
Epodon, Oda II

¡Mil veces fortunado  
Quien de negocios y de lucro ajeno,  
Como el hombre en su estado  
Primitivo, un terreno  
Con bueyes propios enriquece ameno!

Que no el clangor le asusta  
De bélica trompeta, ni el bramido  
Del mar y saña injusta;  
Y el foro desabrido  
Evita y al magnate presumido.

Él de purpúrea viña  
Con el olmo los pámpanos clorados  
Solícito encariña,  
O en valles apartados  
De vacas apacienta sus ganados.

Ya empuña la guadaña  
Y en vez de rama inútil otra injerta;  
Ya los cántaros baña

De mieles, y liberta  
Esquilando al primal, de muerte cierta.

Y cuando Otoño asoma  
La cabeza en los campos decorada  
De frutos y áurea poma,  
¡Cuál goza la pesada  
Pera al cortar y la uva nacarada!

Por tenerte propicio  
A ti, Priapo, con piadosa mano  
Las lleva en sacrificio,  
Y a ti, padre Silvano,  
De límites tutor y soberano.

Ya al pie de añosa encina  
Gusta yacer, ya encima de la grama  
Tenaz; y cristalina  
La fuente se derrama,  
Y Eco del ave el sollozar reclama.

Y murmura el riachuelo  
Al resbalar, de espuma salpicando  
Sus márgenes, y el cielo  
De paso retratando;  
Y a sueño el ruido le convida blando.

Y al bramar en los cerros  
Sañudo el Bóreas hacinando nieves,  
Ya encierra de sus perros

Seguido, a los alevés  
Fieros jabatos en las mallas leves;

Ya prende en los bohordos  
De aguda enea, redes y aprisiona  
A los golosos tordos  
Y a liebre corretona  
Y a grulla vaga que su afán corona.

¿Quién, viviendo esta vida,  
Los infortunios del amor prolijo  
Y ansiedades no olvida?  
Más, si los ojos fijos  
Tiene la esposa en el hogar e hijos,

En la guerra troyana?  
¿Y de Tideo al hijo ponderado,  
De fuerza sobrehumana,  
Y que al cielo estrellado  
Se levanta por Palas ayudado?

XXV

*Quem tu, Melpómene, semel*  
Libro IV, Oda II

A quien tú ves con plácida mirada,  
Melpómene sagrada,  
Al punto de nacer, no hará famoso  
Púgil el istmio juego;  
Ni llevarále en griego  
Carro, cual vencedor, caballo airoso.

Ni al Capitolio, bélica victoria  
Le mostrará con gloria  
Cual ínclito caudillo, coronado  
En el laurel de Delos,  
Porque hubo en sus desvelos  
A reyes orgullosos abajado.

Sino antes bien: las aguas cristalinas  
Que bañan las colinas  
De Tívoli feraz, de erguido roble  
Y de palma altanera  
La espesa cabellera  
En eólicos versos le harán noble.

De Roma, la primera en excelencia,  
La clara descendencia,  
De los vates se digna en los serenos  
Coros anumerarme;  
Y al dejar de envidiarme  
El diente inicuo me lastima menos.

¡Oh Piéride, que riges con decoro  
De esta mi lira de oro  
El melifluo gratísimo sonido,  
Oh tú, que a mudos peces  
Pudieras dar a veces  
La tierna voz de cisne dolorido!...

¡Lo debo todo a ti! Si al pasar quedo  
Me apuntan con el dedo  
Como a quien tañe de agradable modo,  
El vivir sosegado,  
Y el agradar, si agrado,  
A ti, Piéride, a ti lo debo todo.

## Libro cuarto de la Eneida de Virgilio. Traducción parafrástica [fragmento]<sup>2</sup>

*At regina gravi iam dudum saucia cura*

Mas, por grave inquietud la Reina herida  
Empéñase en nutrir la acerba llaga  
En las venas, y vese consumida  
Por fuego oculto y que a la par halaga.  
Del héroe excelso la virtud no olvida;  
De su nobleza el esplendor la embriaga;  
E insomne sus palabras y semblante  
Guarda grabados en el pecho amante.

No bien al mundo la siguiente aurora  
Alumbró con la lámpara febea,  
Y replegóse al polo donde mora  
La negra sombra que jamás se orea,  
Cuando al afán que el alma le devora  
Y el tierno corazón le atenacea  
Un punto cede; y ruborosa y pía  
A su concorde hermana así decía:

“Ana querida, dime, dulce hermana:  
“¿Por qué me llenan de mortal tristura  
“Estos sueños? ¿de qué región lejana  
“A este huésped nos trajo la ventura?  
“¿Qué presencia ¿lo adviertes? tan galana!  
“¿Cuán gentil por sus armas y bravura!

“Está de los mortales por encima  
 “Y es de dioses la sangre que le anima.

“Ni es temeraria aquesta mi creencia:  
 “El innoble temor vende al cobarde.  
 “¡Ay! ¡Cuánto, cuánto por la malquerencia  
 “De un hado que contra él en iras arde  
 “Sufrido padeció! ¡con qué prudencia  
 “Y tino hablaba, sin hacer alarde  
 “De su ingente valor, de los ardidés  
 “Del griego astuto en las pasadas lides!

“Si enclavado, créeme, no tuviera  
 “Un propósito en mi ánima afligida  
 “De a otro jamás unirme con la austera  
 “Conyugal sogá, desde que fallida  
 “Mi primera ilusión la muerte fiera  
 “Para siempre dejó, si aborrecida  
 “No me fuera la tea, y aun odioso  
 “El tálamo... llámárale mi esposo.

“Ana... ¿lo negaré? Desde la muerte  
 “De Siqueo mi esposo desdichado,  
 “Cuya sangre mi propio hermano vierte  
 “Al penate dejando salpicado,  
 “Éste, y no más, agita de tal suerte  
 “Mi cerebro y espíritu agobiado,  
 “Que siento renacer potente y fiero  
 “En mis entrañas el amor primero.

“Mas, antes, oh Ana mía, que consienta  
“En tal deseo, se abra vengadora  
“Esa tierra a mis pies; de Jove sienta  
“Sobre mí la centella vengadora  
“Que me lleve, ya sombra macilenta,  
“Del Erebo a la noche sin aurora.  
“¡Mil y mil muertes tormentosas quiero  
“Antes, pudor, de quebrantar tu fuero!

“Aquel que me libró de los rigores  
“De la suerte llamándose mi esposo,  
“Y que al morir hundióme de dolores  
“En un mar sin vislumbre de reposo,  
“Tenga por siempre vivos mis amores  
“Consigo en el sepulcro tenebroso...”  
Y esto al decir, a la ternura el freno  
Soltó bañando con su lloro el seno.

“Ana responde: Hermana, más querida  
“Que mi existencia, dime: ¿por ventura  
“Te propones pasar la edad florida  
“Siempre libando el cáliz de amargura?  
“¿No darás a un hijuelo leche y vida?  
“¿Del conyugal deleite la dulzura  
“No probarás?... Entiende que los muertos  
“No se curan de tales desaciertos.

“Y así será: ninguno la tristeza  
“Venció de tu viudez; no los varones  
“De la Libia y de Tiro; con firmeza  
“Desechaste las tiernas pretensiones

“De Iarba y de otros de notoria alteza,  
 “Guerreros que tremolan sus pendones  
 “Victoriosos en África; y ¿demente  
 “Ante este dulce amor yergues la frente?

“¿Por acaso has perdido la memoria  
 “De que estamos, hermana, circuidos  
 “De los griegos feroces cuya gloria  
 “Estriba en domeñar sin ser vencidos?  
 “De los Númidas bravos es notoria  
 “La altivez; y los Sirtes desabridos  
 “Nos cercan por doquier, y la sedienta  
 “Cruda región que al Berceo sustenta.

“¿Qué diré de la guerra desastrada  
 “Que el ejército indómito de Tiro  
 “Puede movernos? Fija la mirada  
 “Lleva en nosotros al hacer su giro.  
 “Lo sabes: Pigmalión con diestra armada  
 “Ha osado amenazarte. No respiro  
 “Desde esa vez; desvéleme en extremo  
 “El porvenir porque sus iras temo.

“Hermana, yo sospecho que esta flota  
 “Arrojó a nuestras playas oportuno  
 “El Ábrego furioso que la azota  
 “Con los dioses excelsos de consuno.  
 “Tal vez libamos la postrera gota  
 “Del padecer, pues favorable Juno  
 “A esta gente nos trajo, dulce hermana,  
 “Porque a tu boda asistirá mañana.

“Y ¡hasta dónde la gloria de tu imperio  
“Se encumbrará!... ¿lo sabes? ¡hasta dónde  
“El fenicio iría!... no es un misterio  
“Que a tu viveza natural se esconde.  
“Con la presencia, ayuda y magisterio  
“De los troyanos... háblame, responde:  
“¿Habría caudillo en la anchurosa tierra  
“Que no se te someta por la guerra?

“Ahora tú, devota los altares  
“De los dioses frecuenta; sacrificios  
“Ofrece sin cesar; y en nuestros lares  
“Deténlos, pues los hados son propicios.  
“Pretextos finge: diles que estos mares  
“Hasta el cielo se van en los solsticios;  
“Y que las naves el furioso viento  
“Encalla y echa a pique en un momento.”

## Poesías originales. Sitios poéticos del Valle de Bravo

### I. EL CERRO

Con regia veste de sedosa grama  
Y coronado en árboles bermejos  
Se empina el cerro por mirar de lejos  
El magnífico y amplio panorama.

Escucha mudo que entre peñas brama  
Albo el río partiéndose en cadejos;  
Y vele retratar en sus espejos  
Del áureo sol la omnipotente flama.

Templado albergue y límpidos raudales  
Brinda a la grey; liberta de enemiga  
Cruda escarcha a hortalizas y frutales;

Y con su manto, providente abriga  
Y defiende a los tiernos cereales  
Encorvados al peso de la espiga.

II. OTUMBA

Al asomar encima la pendiente  
Boscosa y de los céfiros ignorada,  
Una ladera mírase agobiada  
Por el trigo en sazón y por un puente.

Allí para cada ave hay una fuente;  
Para cada raudal una cascada;  
Y para cada salto una arbolada  
Sombrosa vega, blanca y floreciente;

En cada arbusto se vislumbra un nido,  
Un corimbo de flores, una poma,  
O un cándido panal de miel henchido;

Suda cada árbol odorante goma;  
Y en cada risco pardo y carcomido  
Arrulla lastimera una paloma.

III. EL RÍO

¡Salve, deidad agreste, claro río  
De mi suelo natal lustre y decoro,  
Que resbalas magnífico y sonoro  
Entre brumas y gélido rocío!

Es el blanco nenúfar tu atavío;  
Tus cuernos de coral, tu barba de oro,  
Los jilguerillos tupreciado coro,  
Tu espléndida mansión el bosque umbrío.

Hiedra y labrusca se encaraman blondas  
Y enlazan por cubrirte en los calores  
Con campanillas y rizadas frondas;

Te dan fragancia las palustres flores;  
Y al zabullirse, tus cerúleas ondas  
Ensartijan los cisnes nadadores.

IV. AGUA BENDITA

En polvo ardiente el triste viandante.  
Sin que le anuble el sol nube improvisa,  
Marcha envuelto, sin árboles, sin brisa.  
Sediento, sudoroso y anhelante.

Debajo tierno aliso no distante,  
Verde peñasco súbito divisa,  
Y un cordoncillo de cristal que irisa  
Y se retuerce gélido y sonante.

Beben allí, de la arenosa falda  
Las tórtolas salvajes que en Febrero  
El nido esconden en la mustia gualda.

Y gruesa cruz labrada sin esmero,  
De púrpura vestida y esmeralda,  
Defiende con sus brazos al venero.

V. PALO VERDE

En campo indócil, árido y baldío  
Descuella un árbol de verdor eterno  
Al cual no queman rívido el Invierno  
Ni el polvo y llamas del sañudo Estío.

Nutriéndose del aura y el rocío,  
Solo en su especie, límpido y superno,  
Bajo el dosel de su ramaje tierno  
Al cansado viandante acoge pío.

No refrigeran su ayescado tronco  
Trepantes hiedras, ni de agreste parra  
Hirió sus venas el zarcillo bronco;

Y sereno en su trono de pizarra,  
Escucha el grito del mochuelo ronco  
Y el chirrido tenaz de la cigarra.

VII. LAS CANOAS

De blanca espuma límpida fontana,  
Los tiernos lotos e híspidos juncales  
Al soplo de las auras matinales  
Salpica, encubre, lustra y engalana.

En tibia poza de oro y obsidiana  
Báñase el tordo; y buscan los zorzales  
Con ojos de coral en los zarzales  
La dulce, grácil y velluda grana.

De un árbol a otro alternan en el trino  
Los melifluos jilgueros; y la boa  
Silba medrosa en el peñón vecino.

Mas, la linfa, sin miedo que la roa,  
Junto al peñón prosigue su camino  
Y deja el cauce y entra en la canoa.

X. LOS GUAYABOS

Un bosque antiguo, pálido y sonante  
De árboles corvos de cimera hirsuta,  
De tronco hendido, nacarada fruta,  
Brazos rastreros, planta vacilante:

Un arroyito claro y serpeante  
Que fluye al lado de campestre gruta;  
Un carrizal, un puente y una ruta  
Siempre en lid con la tierra exuberante;

De ovas, helechos y amarilla caña  
Una casita que en la tarde humea  
Cuando el sol tibio al tramontar la baña,

Y un fresno donde el áurea juguetea,  
En solo un sitio al pie de la montaña,  
Son la delicia de mi cara aldea.

XI. LA PEÑA

De un monte el dorso ríspido y serrado  
Tiene por trono, y la escarpada cumbre;  
Se corona en laurel, y su techumbre  
Las nubes son y el éter azulado;

Por cetro empuña verde y arriscado  
Monolito de enorme pesadumbre;  
Las colinas su regia servidumbre  
Son y su imperio el valle dilatado.

Se embebece mirando en el bruñido  
Y líquido cristal su faz severa,  
Su airoso porte y ademán temido;

Y su música dulce y placentera  
Son el trueno del rayo y el graznido  
Del águila salvaje y altanera.

XIV. OTZOLOAPAN

Ni el tiempo, ni la ausencia y la distancia,  
Ni el bien perdido, ni el afán presente  
Han logrado borrarte de mi mente,  
Bello lugar, asilo de mi infancia.

Aun me parece la abolenga estancia  
Ver levantarse del *Xumili* enfrente  
Y que me embriagan tu templado ambiente  
Y de tus breñas la eternal fragancia.

Y tus desiertas áridas colinas  
Miro ondular bajo tu ardiente cielo  
Del Sur hasta perderse en las neblinas;

Y saltar entre guijas, del riachuelo  
De la Labor las aguas cristalinas  
Bajo los sauces que plantó mi abuelo.

XVI. IZTAPAN DEL ORO

En su regazo favorable apoyo  
Contra el Bóreas, nubífera y enhiesta  
Ofrece a Iztapan en redor la cuesta  
Coronada en labruscas y verdoyo.

Frígido, claro y virginal arroyo  
Serpea y bulle y parla en su floresta,  
Donde remecen la dorada cresta  
Los cidros y el fragante chirimoyo.

Se vislumbran apenas las cabañas  
Como nidos de alondra en las colinas  
Flotando en mares de ondulantes cañas;

Célebres son sus termas y salinas;  
Y atesora más oro en sus entrañas  
Que Ofir y Australia en sus avaras minas.

XVII. LA HUERTA

Selva feraz de plátanos süaves  
Umbráculo y amor de los cafetos  
Que posan corvos en los verdes setos  
La frente ornada de corimbos graves;

Mansión de hadas, nido de las aves,  
Donde a la viola arrancan indiscretos  
Su fragancia los céfiros inquietos  
Por desparcirla en las sombrosas naves.

Bajo el sol tropical, de peña en peña  
Viene el río en poético desmayo  
Dando a las auras la flotante greña.

Y su mechón el índico papayo  
Tremola en el zafir, a fuer de enseña,  
Sin miedo al Noto, sin temor al rayo.

XVIII. LA CRUZ DE OCOTE

Al labio de riachuelo cristalino  
Donde sus greyes el zagal abreva,  
A la cerúlea bóveda se eleva  
Con los brazos en cruz anciano pino.

El inocente y dulce campesino  
Cabe ese tronco, la fecunda esteva  
Depone manso; adórale, y renueva  
El festón que le ciñe purpurino.

En su copa de escasa lozanía,  
Por las tardes, el verde guacamayo  
Deja oír su confusa gritería;

Le cortejan los céfiros; y en Mayo  
Al primer aguacero, se atavía  
Aunque hueco y hendido por el rayo.

XX. LA CUMBRE

¡Soledad y quietud!... Monte y más monte  
De verdes tilos, álamos y abetos;  
Grandes peñascos húmedos y escuetos  
Sin raudales, sin cielo, ni horizonte.

No hay una alondra que el rigor afronte  
Del crudo frío en los salvajes setos;  
Y el negro buitre y céfiros inquietos  
Se alejan antes de que el sol tramonte.

Sólo el rumor de cristalina gota  
Que rueda en la hojarasca allí se escucha,  
Y el chasquido al abrir de la bellota.

Y los robles calada la capucha  
De liquen, aunque el cierzo los azota,  
Mantienen con el sol eterna lucha.

XXI. ATEZCAPAN

Vense al fulgor de la creciente luna  
Dibujarse las tétricas montañas  
Y la luz de las míseras cabañas  
En el terso cristal de la laguna;

Se aduerme el ánsar en flotante cuna  
De nenúfares, ovas y espadañas;  
Y alarga el cuello entre medrosas cañas  
La garceta que en pie vela oportuna.

El aura, respetando aquel supremo  
Reposo, a la temblona hierbecilla  
Deja en quietud del uno al otro extremo.

Y sólo se oye en la remota orilla  
El *chis* del agua hendida por el remo  
Del indio que resbala en su barquilla.

XXII. EL PINO

¡Fresno gigante, prócer avellano.  
Abeto erguido, plátano eminente,  
Callad, parleros, y humillad la frente;  
Callad delante del atleta anciano!

De la protervia de Aquilón tirano,  
De los horrores de la escarcha urente,  
De las tormentas y del rayo ardiente  
Ya os defendía envejecido y cano.

Sobre vosotros tiende la mirada  
Arrogante y magnífico; severo  
Su ademán, la mejilla sonrosada.

Él os miró nacer; y fue el primero  
Que al anunciarse aquí la fe sagrada  
Cobijó con su sombra al misionero.

XXV. EL PINAR

En su dentada y lúcida corona  
De arena y hielo y pórvido plumizo  
Una llanura de sin par hechizo  
Encierra el monte en descampada zona.

El Noto allí las nubes amontona  
Y nieves cuaja y hórrido granizo;  
Y fatiga al venado espantadizo,  
Al remedar la voz, Eco burlona.

El águila se cierne y leda gira  
Fascinando a la tímida serpiente  
Que silba en vano, encógese y estira;

Ruge el león garrudo y prepotente;  
Y del pinar en la melena espira  
Helado y melancólico el ambiente.

XXVI. LA PEÑA DEL FRAILE

Por musgo y hielo sobre monte cano,  
La frente al Sur, y donde siempre aúlla  
El negro lobo y la torcaz arrulla,  
Se yergue el monolito más galano.

Es la estatua de un fraile franciscano  
De cordón y cerquillo; la cogulla  
Basta y rugosa de color de grulla,  
Se recoge con una y otra mano.

¿Será que un monumento duradero  
Alzó Naturaleza al dulce amigo,  
Hermano, padre del azteca fiero?

De mudanzas innúmeras testigo,  
Fecunda con limpísimo venero  
Las aldeas nacidas a su abrigo.

XXVII. EL CERRO DEL CALVARIO

Vese una loma enfrente del ejido  
Que el blando influjo del Abril enerva,  
Y donde en vano la cansada cierva  
Busca el raudal y pasto humedecido.

No hay un arbusto donde cuelgue el nido  
Deavecillas la gárrula caterva;  
Ni un matorral, ni un tronco, ni una hierba  
Donde module el céfiro un gemido.

Ruinosa, oscura, sepulcral ermita,  
Corona enhiesta la caliza cumbre  
Donde soberbio el vendaval se agita.

De esqueletos horrible muchedumbre,  
Es fama, que de allí se precipita  
El sol hermoso al esconder su lumbre.

XXXI. EL POZO DE ÁNGELA

Espumoso y locuaz, de piedra en piedra  
Muy paso a paso límpido riachuelo  
Del monte baja, y al perder el suelo,  
El abismo parece que le arredra;

Colúmpiase en los brazos de una hiedra  
Que trepa errante, y pone su desvelo  
En vestirla de rojo terciopelo  
Y en gracia darle y brillantez y medra.

Cavó allí, para espanto de la gente,  
En innúmeros siglos, ancho pozo  
El golpe de esta plácida corriente.

¡Ángela triste, vítreo calabozo  
En él hallaste, y el dormido ambiente  
Aquejas con ternísimo sollozo!

## Sonetos varios

### VI. AL VOLVER A MI TIERRA NATAL

¡Pino locuaz, de blonda cabellera.  
Aun das fragancia a mi nativo prado  
Y frescor al flexible y argentado  
Arroyo que retoza en la ribera!

Ciérnese aún el águila altanera  
Encima el risco; vuela en el cercado  
El zorzal; y arrebólase el nublado  
En la occidua selvosa cordillera.

Y aun ostenta su brillo y lozanía  
Aqueste madroñal... ¡oh Dios! en donde  
Mi buen padre al encuentro me salía.

¡Y hoy que retorno, él sólo se me esconde!...  
No hay huella de su báculo en la vía...  
Y por más que le llamo... ¡no responde!

VIII. LA ORACIÓN DE LA TARDE

Tiende la tarde el silencioso manto  
De albos vapores y húmidas neblinas,  
Y los valles y lagos y colinas  
Mudos deponen su divino encanto.

Las estrellas en solio de amaranto  
Al horizonte yérguense vecinas,  
Salpicando de gotas cristalinas  
Las negras hojas del dormido acanto.

De un árbol a otro en verberar se afana  
Nocturna el ave con pesado vuelo  
Las auras leves y la sombra vana;

Y presa el alma de pavor y duelo,  
Al místico rumor de la campana  
Se encoge, y treme, y se remonta al cielo.<sup>3</sup>

## Notas

<sup>1</sup> Presenta veinticuatro. Nosotros copiamos sólo siete. El lector podrá ver las demás en el libro que publicó en Jalapa en 1905, con el título de *Horacio. Versión parafrástica de sus odas*, con excepción de cinco de éstos.

<sup>2</sup> El fragmento publicado en la edición de 1893 aparece de la página 73 a la 94. Aquí sólo copiamos las primeras seis del texto que se ofrece de este cuarto libro. Quien desee leer más sobre la versión de la Eneida puede acudir al tomo I de las *Obras completas de Publio Virgilio Marón, vertidas al castellano por Clearco Meonio*, editadas por Pagaza de modo literal en Jalapa en 1913, donde traduce los libros del I al III, las Églogas y las Geórgicas. No hubo un segundo volumen. Los primeros tres cantos de la Eneida los tradujo entre 1906 y 1910.

<sup>3</sup> Como ésta es sólo una selección antológica, no hemos podido copiar todos los poemas que hubiéramos querido. La cerramos con una de las más hermosas poesías de Pagaza.

# Índice

<b>Liminar, <i>Dionisio Victoria Moreno</i></b>	7
<b>Murmurios de la selva (1887)</b>	21
<b>Traducción parafrástica de las Églogas de Publio Virgilio Marón</b>	23
Égloga décima. Galo	23
<b>Poesías originales e imitaciones</b>	28
A Tirsi, enviándole las obras de Virgilio	28
Idilio	35
Elegía	42
Al volver al campo	50
<b>Sonetos religiosos y morales</b>	53
I. Miércoles de ceniza	53
II. La institución	54

<b>Sonetos pastoriles</b>	55
II. Al entrar el invierno	55
III. Al entrar el verano	56
V. Al amanecer	57
VI. Al caer la tarde	58
VII. En la noche	59
IX. En mayo	60
X	61
XII	62
XIII	63
XIV	64
XV	65
XVI	66
XVII. Un pastor ausente	67
<b>Sonetos varios</b>	68
I. En la muerte del señor Pío IX	68
II. En Tenango del Valle	69
III	70

IV. Al caer la tarde	71
V. A una tórtola	72
VI. A una florecilla	73
VII. A un poeta	74
X. Al volver a mi tierra natal	75
XI. A un poeta	76
XIV. Al amanecer	77
XV. Al partir de Tenango del Valle	78
XVI. Al terminar el día	79
XVIII. A una fuente	80
XX. Al véspero	81
XXI	82
XXII. Al terminar el otoño	83
XXIII. Al Xuxtepetl	84
XXIV. El pino	85
XXV. A mi canario	86
XXVI. A una flor	87
XXVII. Al sol poniente	88

XXIX	89
XXXIV. A un poeta	90
XXXVI. A mi urraca	91
XXXVII. A mi caballo	92
XXXVIII. A mi urraca	93
<b>Algunas trovas últimas (1893)</b>	95
<b>Traducción parafrástica de algunas odas de Horacio</b>	97
II	97
III	100
IV	104
IX	108
XII	111
XIII	113
XXV	116
<b>Libro cuarto de la Eneida de Virgilio.</b>	
<b>Traducción parafrástica [fragmento]</b>	118
<b>Poesías originales. Sitios poéticos del Valle de Bravo</b>	123
I. El cerro	123

II. Otumba	124
III. El río	125
IV. Agua bendita	126
V. Palo verde	127
VII. Las canoas	128
X. Los guayabos	129
XI. La peña	130
XIV. Otzoloapan	131
XVI. Iztapan del Oro	132
XVII. La huerta	133
XVIII. La cruz de ocote	134
XX. La cumbre	135
XXI. Atezcapan	136
XXII. El pino	137
XXV. El pinar	138
XXVI. La peña del Fraile	139
XXVII. El cerro del Calvario	140
XXXI. El pozo de Ángela	141

<b>Sonetos varios</b>	142
VI. Al volver a mi tierra natal	142
VIII. La oración de la tarde	143



Joaquín Arcadio  
Pagaza

ANTOLOGÍA POÉTICA

se terminó de imprimir en xxxxxxxx de 2014, en los talleres gráficos de xxxx xxxx, S.A. de C.V., ubicados en xxxx xxxx xxxx xxxx Toluca, Estado de México. El tiraje consta de tres mil ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica *Aries*, diseñada por Eric Gill. Concepto editorial: Félix Suárez y Hugo Ortíz. Formación: Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: Christian Ordóñez Bueno. Editor responsable: Félix Suárez.